REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII San José, Costa Rica 1948 Sábado 14 de Febrero No. 16

Año XXVIII — No. 1043

FRANCISCO ZUÑIGA

escultor del paisaje

Por *Alfredo Cardona Peña*

(Es un recorte de *El Nacional* de México, D. F. Atención del autor).

Francisco Zúñiga es uno de los pocos artistas verdaderamente importantes que procediendo de Centroamérica están realizando en México obra perdurable, no sólo con sentido mexicano, que quiere decir sentido revolucionario e indígena, sino con orientaciones hacia un "hispanoamericanismo artístico" que no hace concesiones con la academia porque tiene que saldar antes un compromiso con el pueblo, sirviéndolo y expresándolo como conviene a toda fidelidad histórica.

Francisco Zúñiga nació el año de 1913 en San José de Costa Rica, una ciudad que parece toda ella una tacita de café, por limpia, saludable y maliciosa. Cuando Zúñiga tenía veintidós años, terminó una escultura que provocó la incomprensión del cebollero metido a más. Graznó la pava, ramoneó el ganado y hubo el curita quemador de libros que dijo ante la escultura lo que se puede adivinar. Se encontraba entonces en la capital josefina un espíritu de los mejores, y éste hizo la defensa de aquella *Maternidad* nobilísima: Salarrué, salvadoreño, habló ante los grajos, y les dijo que aquella piedra encerraba el amoroso misterio de la tierra, la Madre que se inclina sobre el dolor de la creación y la lluvia fecunda. Veintidós años...

EN MEXICO

En 1936, Francisco Zúñiga llegó a México. Sus planes de trabajo, sus esperanzas y realizaciones, aquí los ha ido cumpliendo. No se estableció ante su espíritu ese problema que sienten muchos artistas cuando llegan al país: problema grave y muchas veces insoluble, que consiste en el esfuerzo que hacen por entender el arte, el mundo y la forma autóctona que aquí prevalece con una fuerza dolorosa y terrenal. De la forma de "entender" estas cosas profundamente americanas depende la salvación o la agonía de la obra. Zúñiga, pasados los primeros momentos de interna y felicísima duda, penetró decidido en ese mundo nuestro, tan limpio como insobornable.

MONUMENTO DE VALSEQUILLO

En 1946, la entonces Comisión Nacional de Irrigación organizó un concurso para premiar la mejor obra escultórica que conmemorara la inauguración de la presa de Valsequillo, en Puebla. Francisco Zúñiga obtuvo el primer lugar. Realizó un grupo de tres figuras que representan la Fecundidad, la Cosecha y el Trabajo, labrados en la famosa piedra chiluca, de color gris claro, con la cual se han levantado muchos monumentos de México (la catedral entre ellos). El grupo es gigantesco (las figuras tienen seis metros de alto) y está enclavado sobre una base piramidal que surge de una roca en eminencia. Sobre el paisaje del valle poblano, árido, bravío, cruzado por las aguas impetuosas del Atoyac, en aquellas tierras de color salmón donde hasta los árboles han desaparecido, emerge la escultura como una aparición milenaria, inundando los llanos y estremeciendo la soledad. Hay una incorporación al paisaje, porque a Zúñiga le interesan los problemas de la escultura en relación con el espacio visual, introduciéndola en el contorno bajo la cruel y transparente luz, aspecto tan descuidado en nuestros días por muchos escultores, que así desligan de ambiente definitivo a sus obras. Pero, sobre todo, hay lo que Ruskin denominaba "el maravilloso sometimiento a la restricción", que consiste en hacer una cosa con sólo cualidades estrictamente deseadas y suficientemente obtenidas, como opuestas al retorcimiento de los dedos en tortura y de las almas en suplicio. Estas figuras son sencillas y al mismo tiempo encierran una poderosa sugestión. La Fecundidad, con su cabellera de noches acumuladas y sus manos en ofrenda, tiene algo de sobrenatural en aquel conjunto de símbolos. Es una sibila, una maga —la Teteoinán azteca— que está allí para recordarnos el misterio de la vida y la grandeza de su culto. A su lado marcha la Cosecha, en el cuerpo de una muchacha indígena que lleva al hombro una gavilla y sostiene la hoz, instrumento sagrado. Una rama de trigo acaricia su pómulo izquierdo, y su actitud, su honor, el justo orgullo de su gesto, nos ofrece la dignidad de las almas silvestres. Cierra el conjunto, por el lado izquierdo, un obrero con el barreno en la siniestra, en desafiante potencia de macho, surcado el pecho de músculos. Todo el trilito ha sido resuelto en formas equilibradas, realistas y monumentales, interpretando sentimientos bien definidos. La frecuencia de ritmos amplios, los volúmenes donde cae la luz y juega con las sombras, ligándose y ondeando como en los movimientos humanos, los huecos que equilibran el peso de las masas y hacen surgir una forma rotunda, perfectamente sellada en sus contornos, dan a esta escultura una nobleza nada común, que fácilmente se adivina a través de las empeñosas conquistas de la materia.



Detalle de *El minero anónimo*.



Monumento de Valsequillo. Detalle.

"EL MINERO ANONIMO"

Así se titula el monumento realizado por Francisco Zúñiga en el mineral de Angangue, Michoacán, para cumplir una encomienda que le hizo la sección 53 del Sindicato de Trabajadores Mineros. La figura, en piedra, ha sido colocada sobre una colina cercana a la entrada de la mina, y tiene dos y medio metros de alto. Zúñiga ha armonizado aquí el poder de la técnica con el valor humano del "gesto", personificado en el heroico trabajador que sostiene entre sus manos el taladro, uno de los aparatos más "intensos" del movimiento industrial capitalista. La máquina es un elemento de indudable dramatismo que la escultura revolucionaria ha incorporado a sus fines artísticos, que son, también, fines de servicio social y de exaltamiento. La escultura debe tener movimiento, debe ser vital, "fáustica", dentro de los esfuerzos que imponen un material resistente y un lento oficio de artesano. La escultura debe vibrar en planos luminosos, regalando su voz cordial y serena. Este *Minero Anónimo*, así concebido, satisface una necesidad espiritual de la comunidad obrera, quien ve en él su perennidad, su sacrificio enaltecido por la obra de arte y como santificado ante la presencia de su propia verdad.

DECLARACIONES

Las figurillas de adolescentes, redondeadas y sensuales; los retratos de niños indígenas en barro cocido, van concretando otras emociones de Zúñiga. "La buena escultura —me dice como observación pertinente— la encontramos en México a la vuelta de una esquina en un viejo edificio, surgiendo de la tierra para asombro de los espíritus sensibles. Pero muy pocos saben entender el verdadero sentido de lo plástico. ¡Cuántos, aún, confunden la arqueología con el arte!".

Sin querer recuerdo las observaciones de Juan de la Encina, quien, en su crítica sobre Asúnsolo, soslayó muy finamente un pesimismo escultórico y lamentaba la falta de "lectores" de piedra. Zúñiga me sigue diciendo: "No se puede negar tan fácilmente la producción escultórica actual de México, como se hace a cada rato. Pero muchos factores influyen para esta ilusoria decadencia: la mediocridad, la carencia de buen gusto en el público, poco interés de los arquitectos en obtener colaboración de los escultores, porque ello va muchas veces en detrimento de sus ganancias. La arquitectura se limita a las necesidades estrictamente "urbanas". Todo esto ha originado una falta de acoplamiento que de realizarse redundaría en una más elevada calidad escultórica, como se observa en otros países, como los Estados Unidos y la Argentina".

Declaraciones claras y certeras, que no necesitan comentario, y con las cuales finalizamos este homenaje al amigo y al artista.

MEDITACION EN TORNO AL CELOSO EXTREMEÑO,

El concepto cervantino del honor y algunas otras cosillas

Por *Enrique Ruiz Vernacci*,
Secretario de la Academia Panameña de la Lengua.

(En el *Rep. Amer.*)

Querido y admirado don Joaquín:
Sea usted el primero que conozca el texto de esta conferencia hecha en su amable tierra por un enamorado de la obra cervantina.
Con todo respeto,
E. R. Vernacci.

San José,
26 de setiembre de 1947.

En el mundo de habla castellana, en las principales ciudades de la civilización occidental, se conmemora este año el cuarto centenario del nacimiento del Príncipe de los Ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra. La Academia Panameña de la Lengua —a la que me honro en pertenecer— y nuestra Universidad, cuyo rectorado ejerce con la suprema dignidad el Dr. Octavio Méndez Pereira, no han querido permanecer al margen de tan señalado suceso. Ello explica que ocupe yo esta tribuna en ocasión muy superior a mis merecimientos: mi condición de académico de número y Secretario de la Panameña de la Lengua, así como la de profesar cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, por otra parte, justifican mi presencia ante vosotros esta noche. He de agregar mi devoción cervantina. *El Quijote*, las *Novelas Ejemplares*, la *Galatea*, el *Viaje del Parnaso*, los entremeses, las comedias, los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, han constituído para mí, favoritas lecturas por más de siete lustros. He acudido a ellas en horas de tranquilidad y en horas de inquietud; en minutos de alegre vivir y en otros no tan amables: siempre encontré en los libros del famoso ingenio bautizado en la Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares el domingo nueve de octubre de 1547, ese calor humano, esa gracia sutil, esa ironía milagrosa, ese maravilloso ritmo del idioma, que hacen de la obra de Cervantes tesoro de nuestro idioma, tesoro más amplio si se quiere, tesoro de la literatura universal, que las creaciones de Miguel de Cervantes han conquistado el mundo.

Al aceptar la invitación del Dr. Octavio Méndez Pereira para pergeñar este trabajo y leerlo durante la semana dedicada a Cervantes por la Academia y la Universidad, medité con cuidadoso empeño el asunto que habría de desarrollar. No faltan, entre los apuntes de todo enamorado de la literatura, temas cervantinos esbozados. Es mi caso: notas a capítulos del Quijote, comentarios a personajes del famoso libro, digresiones en torno a los entremeses, a las novelas ejemplares, a Cervantes poeta, a Cervantes dramaturgo, a Cervantes novelista de costumbres, a Cervantes escritor realista, a Cervantes dueño de la más poderosa imaginación que cabe concebir. Me invadió cierto temor de inmiscuirme en la vida del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. ¡Tantos y tan preclaros escritores han seguido los senderos del inigualable libro...! A la mano he tenido los últimos meses la *Vida de Don Quijote y Sancho* del maestro Miguel de Unamuno: las Meditaciones de don José Ortega y Gasset, las notas de Rodríguez Marín, las de Clemencín, las admirables aseveraciones de don Ramón Menéndez Pidal en *Un aspecto en la elaboración del Quijote*, las agudas acotaciones de don Marcelino Menéndez Pelayo en torno al Caballero de los Caballeros, las de Américo Castro.

Me tentó el estudiar algún momento de la vida de don Miguel: fué una novela, una prodigiosa y triste novela, la existencia del autor del Quijote. Los aportes de Martín Fernández Navarrete, las noticias de Antonio Pellicer, de Travadillo, de Morán, de Asensio y Toledo, de Sigüenza, dan margen a trabajos sugestivos. Y con éstos, los *Documentos Cervantinos* de Pérez Pastor, las *Efemérides cervantinas* de Cotarelo, el encantador libro seminovelesco de quien fué profesor mío de Literatura, don Francisco Navarro y Ledesma, permiten al cervantista animarse a ordenar datos, a puntualizar sucesos, que si no significarían descubrimientos deslumbradores, sí traducirían cariño y nobles propósitos, admitida la dificultad de llegar a las fuentes, tan lejanas de estas tierras de América.

Desistí de la idea. Las cuartillas por mí recogidas no me ofrecían aquello que era mi ilusión en la hora.

Mi última preocupación, antes de decidirme por lo que ha de constituír el meollo de este pequeño ensayo, fué la de buscar, dentro de la obra cervantina, dónde se había retratado su autor con mayor precisión, dónde se había fotografiado, por así decirlo, en espíritu. Esta preocupación no me abandona por completo: sigo con ella. Ha muchos años algo procuraré al respecto. Hice un trabajo sobre el Licenciado Vidriera, mi inefable amigo Tomás Rodaja, y pude imaginarme que allí dentro estaba Miguel de Cervantes, que esa era el alma de Cervantes. Porque, en última instancia, este escritor realista que es Cervantes, como todo escritor auténtico, lo que expresa es algo interior y no exterior, es decir, su propia intimidad, el mundo de sus sentimientos y anhelos más personales, y esa realidad exterior expresada en su obra, es sólo medio y camino indirecto de su propia expresión. Lo ha dicho agudamente Vossler en un precioso ensayo (1). Y ha añadido el romanista alemán esta magnífica definición del realismo literario, en una forma negativa: "Es el temor a expresarse íntimamente de una manera inmediata, o la repugnancia hacia el subjetivismo puro". Ya volveré sobre esto en alguna ocasión. No he de lograr soslayarlo.

El otro personaje cervantino que a mi modo de ver encierra a don Miguel, es su autorretrato, se resume en Cardenio. Porque estoy convencido: Cervantes no quiso individualizarse en el Caballero de los Caballeros. Por instantes dirá cosas que sienta su creador: o irá más lejos: se opondrá a lo que piensa su creador. No faltarían momentos en la creación cervantina en los que Don Quijote se impusiera a Cervantes. Y entonces acudiría Sancho, el buen Sancho, en ayuda de Cervantes: entre los dos intentarían traer a la realidad de ellos al estupendo loco. Inútil la empresa. Pero digna de Cervantes y de Sancho.

Cardenio huye hacia la soledad; Cardenio está enamorado: sin embargo, la soledad le cerca, la soledad se apodera de Cardenio: se interna en la fosca sierra, y allí da con él Don Quijote. De antemano es su amigo. ¿No había de serlo...? ¡Si se ha encontrado Don Quijote con su creador, con Miguel de Cervantes! Cardenio vive íngrimo en la sierra, como Cervantes vive íngrimo en la ciudad. Cuando Cervantes compone el personaje del Ingenioso Hidalgo está de vuelta de su existencia. Pasa de los cincuenta y cinco años. Ha sufrido mucho. No ha hallado acomodo. Todo, todo, se le ha vuelto de espaldas. ¡A él que sabía reír, que era dicharachero, dado a la amistad, al buen trato...! Trágico destino el de Miguel de Cervantes. Cardenio se ha retirado a la sierra abrumado por la ausencia de Luscinda. Cervantes se ha refugiado en su libro a sabiendas de que es la nada, la eterna dominadora, la vida. La soledad se convierte en la nada para Cardenio: la soledad es la vida para Cervantes. Un escritor de hoy, Benjamín Jarnés (2), ha dicho que todo, dentro y fuera de nosotros, se convierte en "nada". Tal era la idea de Cervantes.

Abandonemos a estos Quijotes en tono menor, que son Tomás Rodaja y Cardenio, y entremos de lleno en el tema por fin elegido.

He leído en varias ocasiones con detenimiento *El celoso extremeño*. Tal vez no pertenece al grupo de novelas más elogiadas entre las ejemplares. Se habla con mayor simpatía de *Rinconete y Cortadillo*, de *La ilustre fregona*, del *Coloquio de Cipión y Berganza*, de la misma *Gitanilla*, con sus resabios de novela oriental. Sin embargo, no sé qué encuentro yo en esa historia de Felipo de Carrizales que atrae particularmente mi cariño.

Este Felipo de Carrizales marchó a estas Indias nuestras cuando estaba ya en plena madurez. Cumplidos los cuarenta y ocho años, sin un maravedí en su bolsa se le ocurrió atravesar la mar, desembarcar en Cartagena y pasar de allí al Perú, que Cervantes denomina el Pirú, como en su época se decía.

¿Don Miguel no soñó con venir a América? La petición se recibió en el Consejo de Indias el 21 de mayo de 1590: fué negada el 6 de junio. El Dr. Núñez Morquecho, como Relator, escribió al pie del memorial de don Miguel una anotación, positivamente curiosa, en la que recomendaba a Cervantes "buscarse un empleo de que pudiera hacérsele merced en la misma España" (3). Los empleos a que aspiraba Cervantes en América eran los siguientes, que por aquellos días estaban vacantes: la Contaduría del Nuevo Reino de Granada, la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, la contaduría de las galeras de Cartagena de Indias o el corregimiento de La Paz en la actual República de Bolivia.

¿Se hubiera comprometido la creación de las Aventuras del Ingenioso Hidalgo con el viaje a América de su autor? Tal se ha dicho (4). Mas, ¿no cabe también pensar que si Miguel de Cervantes, escritor nato, hubiera venido a América en estas tierras hubiera trabajado, su imaginación se hubiera soltado a su placer y hubiera ofrecido algo maravilloso para la literatura del mundo?

Cierto que los ingenios españoles que a las Indias llegaron, salvo los historiadores, poco nos han ofrecido de América. En América estuvo Gutierre de Cetina, también Mateo Alemán, igualmente Tirso de Molina. Apenas alusiones americanas cabe encontrar en sus obras. El propio mexicano Juan Ruiz de Alarcón fué en España donde estrenó sus comedias, donde las aderezó si las trajo hechas de su tierra. ¿Por qué? La vida se construía de ese modo. América era la tierra de la aventura real y no de la aventura soñada. Cada vida de aquellos hombres era una excepcional novela de fantasía. Las mismas Cartas del Almirante, ¿no lo son? Aquellas finas páginas del Padre Las Casas, las otras de Hernán Cortés, no conservan un prodigioso aroma de novelas?

El celoso extremeño es una novela endeble en sí. La misma moraleja resulta desmañada, traída como por los cabellos. Se ha hablado que en su manera algo recuerda la italiana. Y dentro de la novela italiana la de Bocaccio. Lejos anda de eso. *El celoso extremeño* es triste, apegado a los contrastes, corrosivo en veces. Más corrosivo aún era el borrador de la obrilla. Conserva, eso sí, la magia del estilo cervantino, la gracia infinita del idioma, el secreto de Cervantes.

Corren demasiado aprisa los sucesos en las primeras páginas. En rigor se sabe poco de la vida de Felipo de Carrizales antes de partir para las Indias. Este extremeño, que pierde la fortuna que heredó de sus padres en la alegre Sevilla, es uno de tantos, sin carácter, sin fuerza de psicología. Nada se sabe tampoco de cómo rehizo su fortuna. Se menciona el Perú, y la cantidad con la que embarcó a los veinte años de estada en América, de regreso para la Península: ciento cincuenta mil pesos ensayados, en barras de oro y plata. Esto es, Felipo de Carrizales desembarca en España, de vuelta de las Indias, con dinero y con sesenta y ocho años. No es la edad para las aventuras y menos para las de amor. Sin embargo, el hombre pensaba en el diosecillo ciego o vendado. Y paseando por Sevilla encontró aquélla que conquistó su corazón. No hizo el amor a la muchacha que apenas contaba trece o catorce años. La compró, sí, la compró. Trató con los padres de la linda sevillana, concertó cuanto con la boda correspondía, y se casó.

Pero no hay en las páginas cervantinas atisbos psicológicos, no hay sondeos de almas, no queda comprendido cuál era el carácter de Filipo ni el de los padres de Leonora, ni el de Leonora misma. Son muñecos de los que tira el autor por medio de unos burdos hilos y los hace moverse, actuar, sin obediencia a razones de inteligencia o a móviles sentimentales. Ocurren sucesos. Esto es todo. Y se sabe que Felipo compra una casa, que esta casa le costó doce mil ducados —poco más de seis mil quinientos balboas— que la hizo reformar conforme a sus anhelos, para que Leonora no fuera vista por ojos de hombre: que cuando la reforma estuvo terminada, trasladó a la extraña vivienda a su esposa, a una dueña —Marialonso— a varias sirvientas y esclavas, más un esclavo negro y eunuco que haría de portero. Con anterioridad Carrizales había dotado a Leonora en veinte mil ducados. Vivió en la casa un año, un mes, once días y nueve horas. En la víspera, se coló de contrabando en las habitaciones un virote llamado Loaysa. El virote enamoró a Leonora y si Leonora no accedió a las solicitudes de Loaysa, sí halló a ambos el celoso Carrizales dormidos en una de las recámaras. Lo que constituyó el fracaso sentimental de Carrizales, con sus buenos setenta años a cuestas. Tanto guardó su tesoro, que el tesoro se le escapó de entre las manos.

Y aquí viene lo grave. Lo grave es que Cervantes no procede a lo Lope o a lo Calderón o a lo Moreto. El honor de Carrizales busca otra salida. La salida es llamar a los padres de Leonora, desmayarse en los brazos de la supuesta infiel y hacer testamento en favor de sus suegros, en favor de las sirvientas y compañeras de Leonora, en favor de unas cuantas obras pías de Sevilla: a la única que dejó sin dádivas fué a la dueña Marialonso. Con lo que todos quedaron a gusto a la muerte de Carrizales que aconteció a los escasos días.

La moraleja rompe con la tradición del diecisiete. Es una moraleja renacentista. Aquí sí se acerca a Bocaccio Miguel de Cervantes. Cuanto saca en consecuencia es que poco hay que fiar de llaves, puertas, paredes, cuando la voluntad queda libre; y en lo menos que hay que confiar es en los verdes y escasos años de las damas, si les andan al oído exhortaciones de dueñas de "monjil negro y tendido y tocas blancas y luengas".

Ante esta escena de franco adulterio, aunque Cervantes por el qué dirán, haya escamoteado —en la edición definitiva, no en el borrador— el pecado nefando, ¿cuál habría sido la reacción de Calderón de la Barca, tan barroco, o del mismo Lope de Vega, menos barroco y más renacentista? No hay duda: la venganza, la muerte de los culpables, de él y de ella. No lo ignora Cervantes; lo escribe: "Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba (Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo "a sueño suelto"); la voz se le pegó a la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento. Y, con todo eso, tomara la venganza que aquella grande maldad requería, si se hallara con armas para poder tomarla; y así, determinó volverse a su aposento a tomar una daga, y volver a sacar las manchas de su honra con sangre de sus enemigos y aun con toda aquélla de toda la gente de su casa. Con esta determinación, honrosa y necesaria, volvió, con el mismo silencio y recato que había venido, su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso a otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho".

Esto es: Cervantes sabía lo que había que hacer en la circunstancia. Matar. Pero rehuía aquello. Hacía que se desmayara el celoso septuagenario. El honor para Carrizales era cansancio. O quizás, nada. ¿Para qué matar...? ¿Qué lograba él con matar si todo se había derrumbado, si de tan poco habían servido casa sin ventanas, llave maestra, el negro eunuco en la puerta, riquezas y galas para Leonora? ¿No recordaría Cervantes, al guiar a su personaje por el sendero más alejado de lo que entonces era la moda, sus propias experiencias, lo que ocurrió aquella noche del verano de 1605, a la puerta de su vivienda en la calle del Rastro de Valladolid, al resultar Gaspar de Ezpeleta herido, y con la espada en la diestra...? ¿No pensaría en la vida de Isabel de Saavedra, su hija fuera de matrimonio, no muy clara a la sazón?... ¡Bah!... Cervantes no se decidía por darle gusto al vulgo. No: la muerte de Leonora y del virote no constituían la solución de su novela. Había que sonreír, que seguir sonriendo a los setenta y seis años, de regreso, con la fama de Don Quijote a cuestas y la miseria por amiga.

Felipo de Carrizales merece un análisis psicológico. Cuando lo descubre el novelista ha llegado a Sevilla muy rico. Ha hecho su fortuna en el Perú. Piensa en volver a su tierra extremeña; sin embargo, se entera de que allá no le quedan amigos ni parientes. Ya está solo. Antes no tenía hacienda que cuidar, ahora la tiene, y grande. Cervantes nunca tuvo hacienda: siempre vivió a salto de mata. Por eso comenta cuanto se refiere a la fortuna de Carrizales. Y lo hace con su peculiar ironía. No se adivina si el comentario es en serio o es en broma. Carrizales —dice Cervantes— estaba preocupado con su riqueza: como antes de seguir a las Indias lo estuvo por su pobreza: "que si entonces no dormía por pobre, ahora no podía sosegar de rico: que tan pesada carga es la riqueza al qeu no está usado a tenerla, ni sabe usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza". ¡Buen Cervantes...! ¡Magnífico Miguel de Cervantes, siempre a la caza del centavo, obligado a escribir para comer, para mal comer, obligado a hacerle venias al Conde de Lemos o a ese jovencito Tapia al que dedica las Novelas Ejemplares por ver, no si sale de pobre que lo consideraba un imposible, sino apenas si cabe respirar un tantico, llevar una vida más acorde con sus aficiones, no escondido en aquella pobre casuca de la calle del León madrileña, oscura, fea, triste, frente, casi frente, a la que habitaba Frey Lope Félix de la Vega Carpio, que tenía un jardincillo delicioso, con unos elegantes álamos...! Hablaba de la riqueza con temor La riqueza era un mito. Como no era rico, como no podría ser rico jamás, había que encontrarle inconvenientes a la riqueza. Por eso Carrizales se llena de preocupaciones: por eso piensa cómo distribuir su riqueza. No pretende comerciar. Está cansado de comerciar. Mucho comerció en las Américas. Y lo hizo para triunfar. Ahora va a vivir para gozar. No se siente mal con sus sesenta y ocho a la espalda. Su ojeriza al matrimonio obedece a otra cosa. Obedece a sus celos. Conoce mucho de la vida; de la vida de Sevilla y de la vida de otras partes. No olvida las veleidades femeninas. Para casarse él, Carrizales, habría de encontrarse con algo excepcional. ¿Cómo es esa mujer que sueña Carrizales? Joven, muy joven; él es viejo; gusta de la juventud, es la compensación que necesitan sus años. Y, sin embargo, ¡qué pavor el suyo! Los celos, los terribles celos: es el hombre más celoso del mundo. Con toda su experiencia, con todo su trabajo para conseguir sus ducados, que en la última parte de su vida una mujer, una joven mujer, se ríe de él, pisotee su honor... Horrible; no quiere pensarlo: huye del matrimonio. Sería su bien, sí; mas, ¿quién se atreve a desafiar la posesión de ese bien? "Y en viniéndole este pensamiento —escribe Cervantes— le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía como hace a la niebla el viento; porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con sólo la imaginación de serlo, le comenzaban a ofender los celos, a fatigar las sospechas y a sobresaltar las imaginaciones, y esto, con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse".

¿Y qué ocurrió...? Ocurrió que de paseo, un buen día, por las calles sevillanas, calles de blando aliento, con un cielo muy azul por palio, vió Felipo de Carrizales una doncella "a una ventana puesta"; era una maravilla, "de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella".

Se devanó los sesos muchos días Felipo: no logró borrar de su mente el rostro de Leo-

UN POETA VENEZOLANO


Luis Alvarez Marcano

Desde hace pocos días es nuestro huésped el poeta y escritor venezolano Luis Alvarez Marcano, Primer Secretario de la Legación de su país en Costa Rica. Para presentarlo a nuestros lectores reproducimos de seguidas las palabras que le dedicara en una Revista de Ecuador el novelista Pedro Jorge Vera, uno de los exponentes más valiosos de la joven literatura ecuatoriana:

"Algunos años ha permanecido entre nosotros Luis Alvarez Marcano. Años en los cuales su espíritu amplio y su aguda inteligencia caló muy dentro en las almas de la gente de pincel y pluma que siempre supo aquilatar sus méritos. Vino a nuestras playas en virtud de su función diplomática que hoy lo aleja, dejando aquí dilectos recuerdos. Razón de más para dedicarle esta página como un homenaje de despedida.

De la generación de Pablo Rojas Guardia, Vicente Gerbasi y tantas otras figuras de la nueva lírica venezolana, Luis Alvarez Marcano ha estado últimamente, más que escribiendo poesía, viviéndola. Tras de una larga prisión en la época de Gómez y de publicar un Cuaderno de poesías donde predominaba la nota folklórica, se convirtió en viajero de Continentes. Aspiró la Europa como a una gran flor sangrante y estuvo con su sangre en 1939 cuando la invasión nazi a Polonia. Esta terrible experiencia figura en una novela inconclusa que no se decide a terminar.

Atormentado por la búsqueda de su propia expresión, su poesía se transformó en un paralelogramo cerebral. Pero el poeta que hay en él, sobrevivió, y descendiendo al gran río de la vida halló su verdadera voz en poemas como los aquí presentados. Esta es la voz que hoy cultiva y que hace de él un auténtico poeta".

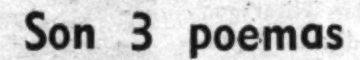
Guayaquil, julio 1946.

Son 3 poemas

(En el *Rep. Amer.*)

PEQUEÑA CANCION CALIDA

Oh tú mujer de cálida mirada
y de piel tibia como de vicuña.
Oh tú mujer de cielos extranjeros,
aluvión de ternuras.



Oh tú mujer de dulce voz tendida,
de dulce voz apresurada y lenta,
de voz tan viva que se la sentía
caer despacio como una agua densa.

Aquí estás en mis recias soledades
presidiendo el dolor del tiempo incierto.
Aquí estás, esculpida, inevitable.
Oh tú mujer de cabellera al viento.

Oh tú mujer de cálida mirada
que acariciaba como un roce humano.
Oh tú mujer del viaje sin regreso,
del dolor dulce y del placer amargo.

Aquí estás como antes, misteriosa,
tu misterio de mundo submarino;
oceánica y profunda, casi verde;
húmeda de oleajes y de mitos.

Aquí estás oh mujer hecha de estampas.
Aquí estás oh mujer, altorrelieve.
Aquí estás, aquí vives, aquí sueñas,
decoración para la vida ausente.

Lisboa, 1943.

XILOGRABADO

Aquí en la soledad de mi otro lado,
equidistante de la vida diaria,
sonámbulo petardo maltratado.
Aquí en tu soledad tan solitaria.

Aquí bajo este cielo de nublado,
estampa a la sordina o débil aria,
camino por tus calles de costado
esquivando tu olor de Pasionaria.

Aquí en tu soledad ya casi mía,
paisajes congelados de bahía,
torbellino apacible, manso ruido.

Aquí en tu soledad petrificada
la voz la lleva el viento, lastimada,
pétalo sin color, tallo dormido.

Valparaíso, 1947.

DESTIERRO

Ni dulce voz, ni sones, ni canciones,
ni quizás, ni hasta cuando, ni presiento.
Tan sólo un panorama desvaído
en esta edad de cobre del Destierro.

Vida de mineral uniformada
a la deriva de frustrados sueños,
estacionada ante una sola idea
como el paisaje ante el camino abierto.

La vida se desliza a la sordina
tamizando rumores y distancias
en un perenne afán de desconcierto.

Ni brisa leve ni fugaz lucero,
ni ala, ni amor, ni beso en este cielo
donde se mustia el tiempo del Recuerdo.

Valparaíso, 1946.

---

nora. Derrotó sus temores la belleza de la niña. Y se hizo un plan. "Casarme he con ella —se decía—; encerraréla, y haréla a mis mañas, y con esto no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare. Yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden". ¡Pícaro Carrizales y tal vez vanidoso Carrizales! ¿En qué confiaba con sus casi catorce lustros de duro vivir? ¿En satisfacer a una moza de catorce años, en tener hijos de ella, en demostrarle una hombría que había de denunciarle como gastado e inútil? Carrizales, celoso, caía en la red. No se daba cuenta de su ser. Habría que dudar de la autenticidad de los hijos que le heredasen si llegaba el caso.

Continuaba su meditación Felipo. No le interesaba que Leonora tuviera o no tuviera dote: él tenía dineros, él era rico: "y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda sino gusto; que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan". Cervantes discurrió con Carrizales. Cervantes se casó con aquella mujer de Esquivias más por la hacienda que por el gusto. Y la razón es clara: Cervantes no era rico. Se jugaba los disgustos por la hacienda. Y perdió. Perdió hacienda al ganar disgustos, que fueron muchos. Por eso Cervantes hizo que su Carrizales —su creación— dotara a la novia, a Leonora joven y linda, en veinte mil ducados. Disponía de los dineros que él imaginaba hubiera podido ganar en su viaje a las Indias, a aquel "Pirú" de sus sueños.

Y así decidió su boda el más celoso hombre del mundo. Así se engañó el que temblaba de ser engañado. Humano, en medio de su locura, Felipo de Carrizales. Humano porque en la imaginación de Cervantes hervía lo humano.

(Continuará en la entrega siguiente).

NOTAS:

El ensayo que precede ha sido escrito teniendo entre las manos la versión de *El celoso extremeño*, inserta en el tomo 36 de los Clásicos Castellanos, edición de Espasa Calpe comentada por don Francisco Rodríguez Marín, dada a la luz en 1933. Pertenece a las "Ediciones de La Lectura". También se han consultado anotaciones de don Cayetano Rosell a las *Obras completas de Cervantes*, edición Rivadeneyra y la supuesta edición de las Novelas Ejemplares de 1614. La versión comentada por Rodríguez Marín se basa en la edición Príncipe de 1613.

(1) Karl Vossler: *Realismo en la literatura española del siglo de oro.*

(2) Benjamín Jarnés: *Cervantes*, bosquejo biográfico. Ediciones Nuevas, México.

(3) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, mayo de 1905, Madrid. Número extraordinario en conmemoración del tercer centenario del Quijote. Publicó el documento don Pedro Torres Lanzas.

(4) Jaime Fitzmaurice-Kelly: *Miguel de Cervantes Saavedra*, traducción española con adiciones y enmiendas, revisada por el autor. Capítulo VI.

UN LIBRO DE AMIGHETTI

(De *Suma Bibliográfica*. México, D. F., enero 1948).

Amighetti, Francisco: *Francisco en Harlem*. Con 31 grabados en madera del mismo autor. Ediciones Galería de Arte Centroamericano. México, D. F. (1947) 56 páginas.

Centro América es una tierra pródiga en artistas; pero raras veces estos artistas son lo suficientemente artistas para que su nombre traspase las fronteras patrias. Una valiosa excepción es Francisco Amighetti, cuyo arte no sólo ha traspasado las fronteras centroamericanas sino las más duras y exigentes de América.

Max Jiménez, ya desaparecido, Francisco Zúñiga, aquí en México, y Francisco Amighetti, costarricenses los tres, son legítimamente apreciados en el extranjero. Pero de los tres, Francisco Amigehtti ha sido el más fiel a su línea artística: la pintura y el grabado. Max Jiménez repartía su obra; la literatura ganaba con ello. Francisco Zúñiga ha partido su vida plástica con el cincel de su escultura.

No queremos ignorar (o callar) que Francisco Amighetti es poeta y que la literatura ha sido una de sus más caras aficiones; su libro *Francisco en Harlem* es un buen testimonio. Pero el testimonio principal de su amistad literaria es visible en sus obras plásticas, pobladas todas ellas, de los mejores aires poéticos. Sólo Jesús Guerrero Galván, en la pintura concreta, y Carlos Mérida, en la abstracta, pueden ser sus rivales en esta virtud de la pláctica.

Otra disposición de su ánimo son los viajes. Sé de Amighetti en Buenos Aires, Bolivia, Perú, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, México, Taos, New México, Washington, New York (de ahí este *Francisco en Harlem*). Lugares que él ha absorbido en acuarelas y grabados, exposiciones y aventuras. Que nadie mejor que Francisco Amighetti ha poseído el secreto de identificar la vida con el arte.

Francisco en Harlem también es un testimonio de ello. Amighetti está presente en primera persona a lo largo del texto escrito, y en tercera, en casi todos los grabados. Quienes no conozcan personalmente a Francisco Amighetti pueden identificarlo en los grabados después de leer la parte literaria. En ambas partes flota ese aire poético y una rara mezcla de ingenuidad y fino humor amargo, que le es tan personal.

En estos grabados, Amighetti afirma plenamente valores plásticos de madurez artística. Encontramos en ellos las cualidades que antes, admirablemente, repartía en sus acuarelas, óleos y dibujos. La pureza de las líneas espontáneamente continuadas hasta formar un todo limpio y homogéneo. Las luces y volúmenes utilizados con la gracia de la acuarela. La figura humana sobria, de trazos firmes como en sus óleos.

Sus primeros trabajos aparecieron en *Centro América* y *Mi hogar y mi pueblo*, libros de lectura para los niños costarricenses, y en una antología de *Poesía infantil* seleccionada por Fernando Luján. Por ese tiempo, coincidiendo con uno de sus viajes a Nicaragua, no recuerdo si el primero, la Editorial "Nuevos Horizontes", de Managua, imprimió una serie de tarjetas, xilografías suyas con motivos del país. Después, ahí mismo, los *Cuadernos del Taller San Lucas* y la revista *Nuevos Horizontes* han publicado muchas de sus maderas. De esto hará unos seis o siete años. Ahora, el Museum of Modern Art de New York posee dos grabados suyos: *Entierro* y *Santos de Guatemala*, considerados como obras maestras de la xilografía hispanoamericana.

La Galería de Arte Centroamericana, de México, que hace unos cuantos meses presentó su exposición de grabados y acuarelas mexicanas, fruto de su estancia en el país, publica hoy su libro *Francisco en Harlem* (al que seguirán *Francisco en Taos* y otros *Franciscos* más, seguramente todos ellos, como éste), síntesis de la vida y obra de un gran artista.

Ernesto MEJIA SANCHEZ.



Una de las maderas de Amighetti en *Francisco en Harlem.*

ARMARSE CONTRA UNA IDEA

Por *B. Sanín Cano.*

(De *El Tiempo*. Bogotá, 18 de agosto de 1947).

Desde los principios de este siglo la humanidad civilizada busca empeñosamente, con más empeño que inteligencia, la manera práctica de eliminar la guerra en las relaciones de unos estados con otros. A invitación del zar en 1905 se empezaron a discutir en La Haya las fórmulas más o menos vagas de entendimiento entre las naciones cultas para resolver los conflictos internacionales sin recurrir a la fuerza de las armas. El mundo estaba todavía celebrando aquellas conferencias, en las cuales solía proponerse la reducción de armamentos terrestres y marítimos, cuando sobrevino la guerra de 1914. Ocurre aquí observar que dicha guerra se llama hoy guerra mundial primera, para diferenciarla de aquella con que asolaron la especie en 1939 hasta nuestros días, pues no ha terminado aún la ocupación de algunas comarcas. La numeración es ominosa; se dice primero y segundo en una clasificación en que se juzga posible la aparición de otros miembros del catálogo: la primera cruzada, las plagas de Egipto, los emperadores y reyes que han sido.

En el esfuerzo (se han visto algunos más vigorosos) que cumple hoy la parte civilizada, llamémosla así, de la especie por hacer imposible una calamidad número tres del género ya catalogado, se cuentan varias "cartas", algunos "pactos" y considerables declaraciones de buena y no tan buena voluntad.

Es la última de estas manifestaciones de piedad para con el hombre americano del futuro la conferencia de Río compuesta y enaltecida por los cancilleres de los actuales gobiernos del hemisferio que deberían ser geográficamente veintiuno. Esta conferencia convocada con alguna anticipación y cuyo momento inicial fué objeto de varios aplazamientos, debe atender principal y casi únicamente a la defensa del hemisferio. Para subvenir a esta que parece una necesidad imperiosa y no menos urgente, se piensa redactar, discutir y firmar un pacto de todas las repúblicas de América en que se acepta la obligación solemne por parte de cada una de ellas, de defender a una cualquiera de las firmantes del pacto contra agresión proveniente de estados americanos o extranjeros. En cierto modo esta valiente y generosa determinación está claramente expresada en el Acta de Chapultepec, cuya vigencia es una de las bases en que estos pueblos cifran sus esperanzas al respeto y admiración de la posteridad. Se tiene también en mira la obra de armar estos países y la de unificar o uniformar los armamentos de manera de usarlos con más prontitud y eficacia cuando se presente la aterradora aventualidad.

Veamos ahora cuáles son las probabilidades del pavoroso conflicto contra el cual nos preparamos y en el cual, según parece, es posible que nos falte el auxilio de Nicaragua y tal vez del Paraguay por no saberse todavía con precisión cuál será, antes de que termine la conferencia, la suerte y el gobierno de ese heroico y denodado país.

¿Contra quién, preguntaría un habitante desprevenido de Marte, se arman las veintiuna repúblicas del hemisferio? Todas ellas, más o menos decididamente, fueron enemigas en 1939 o en 1941 de los aventureros sin conciencia, provocadores del gran incendio cuyas devastaciones todavía enlutan y desacreditan a medio mundo. Alemania e Italia están hoy por hoy reducidas a la impotencia y lo estarán así hasta el día en que sus vencedores juzguen conveniente mantenerlas desarmadas y sumisas. América no ha menester armarse para defenderse de estos dos países. Estas repúblicas tienen voz y voto en las asambleas de las Naciones Unidas, y allí pueden hacer valer sus habilidades suasorias y su número para evitar que se vaya a consentir en que las dos promotoras del gran conflicto vuelvan a convertirse en una amenaza contra la paz y la civilización. Es posible, como ocurrió, casi inmediatamente después de firmado el pacto de Ginebra, que unas potencias europeas empiecen a buscar en los vencidos un aliado posible en sus rivalidades con antiguos camaradas de guerra. En tal caso, si la guerra se extiende a este continente, sin necesidad de convenio todas las naciones ame-

ricanas se pondrán del lado de los Estados Unidos, por convicción seguramente, por necesidad o por cálculo, donde la convicción no exista.

Ambiciones sobre la posesión de este continente no existen en estado activo desde 1823, cuando terminaba la segunda y afortunada administración del presidente Monroe en Estados Unidos. La tentativa de Austria, de España y Francia sobre México en 1863, fué un doloroso escarmiento y los ademanes superfluos del káiser en 1896 no pasaron de inocuas gesticulaciones.

La fuerza, la situación geográfica, la conformación espiritual de los Estados Unidos previenen a este país y por su naturaleza a todo el continente contra una agresión europea. Todavía lamenta Alemania el no haber prometido a Wilson seguridad absoluta para los buques americanos y para los pasajeros de otros buques. Ya habrá comprendido el Japón lo irreparable del error cometido haciendo de los Estados Unidos un franco beligerante.

Francia no es un posible forjador de aventuras en América; tienen más posesiones francesas fuera de Francia de las que puede administrar con eficacia y sosiego. Inglaterra se desprende de sus colonias y ha aprendido en dos guerras la más amarga de las lecciones que le preparaba la historia. Antes de 1914 la Gran Bretaña era el país más rico, más libre y más civilizado del mundo. Conserva su libertad y su cultura, pero de ser el prestamista internacional casi único en aquella época, ha venido a ser el deudor intranquilo de cantidades con que se podría sanificar el valle del Amazonas y convertirlo en la inexhausta despensa del mundo. ¿De dónde puede venir la temeraria agresión?

Se teme a Rusia. Por el carácter de ese pueblo, por la necesidad que tiene de paz profunda para reponerse de los inmensos daños causados por la vesania tudesca en su retirada de las puertas de Moscú, por su empeño en desenvolver un pensamiento, una aspiración fundada en la naturaleza y realidad del alma rusa o desproporcionada y fantástica, los rusos, el gobierno de Moscú, necesitan la paz. Como agresor es enemigo improbable.

¿De dónde puede venir la agresión? El mundo rechaza unánimemente, el pensamiento de una nueva prueba del destino como la que está contemplando aún en sus consecuencias de hambre, desolación y pesadumbre. La miseria es más temible que cualquier nación agresora. El enemigo principal de la paz no es hoy una nación determinada. Son dos elementos terribles de transformación: primeramente la miseria, y en segundo lugar una idea. No es posible exagerar los peligros de la miseria y es inútil insistir sobre este factor de la historia. Se le conoce desde los días de la peste negra, figura en la guerra de los siete años, en la Revolución Francesa y en muchos de los movimientos que siguieron a esta prueba capital. Pero a más de la miseria, está obrando sobre la civilización una idea de más fuerza renovadora que todos los armamentos. Esa idea estimulante del factor ya señalado es la aspiración de los pueblos a completar el trío de la igualdad y la libertad políticas con la libertad y la equidad económicas. Esa idea crece y se difunde desde hace cien años por todos los escenarios de la vida política del mundo. Es irresistible. Está transformando la vida en sus más variadas apariencias. La educación la vigoriza. La ciencia pone a su disposición cada día mayores elementos de difusión y progreso. Está en el corazón de muchos espíritus generosos que no han sufrido nunca el atenazador contacto con la miseria.

Si es contra esta idea contra la cual invitan a las repúblicas de América a unificar sus armamentos y aumentarlos para lanzarse a la guerra, ¿usarán estos puebos su nidad y su libertad en la superflua empresa?

No se puede abandonar este razonamiento sin observar que los cables usan las palabras "agresor posible" y "agresión posible" para calificar la nación o naciones contra las cuales se unirá el continente en actitud de ataque defensivo. No se sabe si los oradores usaron estos términos precisamente. En esa forma constituyen un peligro. Será preciso definirlos muy cuidadosamente. Agresor posible es cualquier Estado, agresión posible representa un peligro constante. Conforme al significado natural de esos dos modos de contemplar las aventualidades se podría proceder en todo momento contra una nación cualquiera, considerándola como agresor posible.

Ocasionalmente, armarse es provocar al natural o supuesto adversario, pero también es provocarse a sí mismo. Los ejércitos permanentes y las nuevas armas que surgen son causa de guerra más palpable que las ambiciones dinásticas o territoriales. Es ilógico, por lo menos armarse cuando después de una prueba sin igual se está pensando en proscribir la guerra y en el desarme general.

B. Sanín Cano.

LAS VOCES DEL SILENCIO

(En el *Rep. Amer.*)

Es sólo cuando el alma se pliega, estremecida;
cuando del mundo externo no nos llega el rumor;
cuando volamos alto, más alto que la vida;
cuando llegamos cerca, muy cerca del amor.

Es entonces que oímos que el silencio resuena:
—silencio de las cosas, que es voz del corazón—
manto con que cubrimos ayer la última pena;
relicario que guarda la primera ilusión.

Somos sordos, entonces, a los requerimientos
de nuestra propia carne, que en vano clamará;
en vano grita el mundo, porque en esos momentos
no estamos en el mundo: ¡vivimos más allá!

Silencios en el alma son voces en la sombra;
son pasos que se acercan; son luces que se van;
son quejas en los labios de quien ya no nos nombra
y son también ensueños que se realizarán.

Somos nosotros mismos los que, entonces, oímos.
Oímos, muy adentro, la propia realidad:
voces que nos imploran, voces que ya perdimos;
ecos de una tormenta, sombras de soledad.

En el silencio vibra la injuria que escuchamos
y la mentira nuestra que deshojó una flor;
voces que nos hirieron y que ya perdonamos;
palabras que dijimos recobran su vigor.

¡Oh, clamor del silencio, que rodea nuestra noche!
Voces que son promesas de nuestro porvenir
y voces justicieras que son como un reproche
y en el pasado nuestro no pudieron morir.

En el silencio el alma recobra el infinito.
Sin espacio ni tiempo, sólo queda el valor:
valor que se abre en alas, como si fuera un grito
que vuela en las tinieblas y desafía al terror.

Costa Rica, enero del 48. *Román JUGO.*

HAY QUE BUSCAR UN DESTINO COMUN

Reportaje de Silva Herzog

(De *Argentina Libre*, Buenos Aires, 7 de agosto 1947).

Mexicano. Mexicano cabal. En su figura. En su lenguaje. En su energía. En sus sueños. Este hombre que está entre nosotros, mensajero de su pueblo, mensajero de cultura, sueña y realiza. Hablamos del destino de nuestros pueblos americanos y Jesús Silva Herzog comienza a declararnos el texto de su esperanza, la incitación que guardan sus sueños.

—Hay que buscarles a nuestros pueblos —nos dice— un destino propio, un destino que les pertenezca, un destino que ellos mismos se forjen.

Desde México, Jesús Silva Herzog participa en la vida y en la pasión de la cultura americana. El director de los *Cuadernos Americanos* le toma todos los días el pulso al continente. Sabe lo que piensan, sueñan y hacen los americanos que hacen ejercicio de la dimensión del pensamiento, de la esperanza, del quehacer. *Cuadernos Americanos* —su empresa— es tribuna —sin duda la más alta torre— de la inquietud continental. El piloto de esa empresa, el guardián de esa torre, es uno de los protagonistas más representativos de esa inquietud.

—Sí —nos vuelve a decir— hay que construir un destino para estos pueblos nuestros.

UNA EXPERIENCIA LEJANA

Pero para seguir hablando de lo nuestro, comenzamos por alejarnos. ¿Hay algo fuera de lo nuestro que nos pueda servir como modelo? Jesús Silva Herzog fué el primer embajador de México en Rusia. Por eso, la curiosidad del cronista establece en torno del visitante un cerco. ¿Qué vieron sus propios ojos en aquel escenario de discusión y polémica? ¿Qué moraleja extrajo? ¿En qué medida se confirmaron después las conclusiones levantadas en el mismo terreno de la experiencia? En lenguaje de palabras que tienen excepcional precisión, que acaso el cronista no consiga trasmitir enteramente, nos dice:

—Aquello no tiene nada que ver con lo que proyectaron los ideólogos del socialismo. Aquello es diferente a todo. Yo estuve en 1930, vi todo lo que pude ver y luego seguí estudiando esa experiencia. Conversé con sus dirigentes y recuerdo aún sus palabras. Mis impresiones se han confirmado. No podemos en primer término asomarnos a Rusia soviética con la mentalidad y la psicología del hombre occidental. Rusia no es Occidente, pero la experiencia soviética es precisamente la empresa de llevar las formas occidentales a ese escenario oriental. Se ha elevado el "standard" de vida del pueblo, pero el hombre del pueblo no goza de libertad. Un occidental no podría comprender cómo el ruso vive sin libertad. Pero la verdad es que el ruso —cuya psicología difiere substancialmente de la nuestra— nunca conoció la libertad. Por eso no extraña su ausencia. Nosotros que hemos conocido la libertad como piedra fundamental de nuestra civilización no podríamos vivir en la condición en que vive el ruso.

EL RECUERDO DE ALEJANDRA KOLLONTAY

—Yo recuerdo —nos dice el ex-embajador de México en Rusia— una conversación con la señora Alejandra Kollontay. Yo le dije:

"—Señora, ¿no cree usted que lo que está ocurriendo en la Unión Soviética difiere de lo que pensaron Marx y Engels?

"Y ella me contestó:

"—No sólo difiere de lo que pensaron



Jesús Silva Herzog

Marx y Engels, sino asimismo de lo que pensó Lenín.

"E inmediatamente agregó:

"—A nosotros, los que hicimos la revolución sólo nos queda un camino: escribir nuestras memorias".

PAN Y LIBERTAD

—Esa es la realidad —agrega Jesús Silva Herzog—. Una experiencia que nada tiene de aquellos que la anunciaron. Ni socialismo. Ni comunismo. Eso es sovietismo. Nosotros no podríamos vivir bajo ese régimen. Yo cada vez me confirmo más en que no pueden disociarse para nada el pan y la libertad, que no debe ser sacrificada la libertad para elevar el "standard" de vida de los pueblos. En Perú he apreciado cómo los apristas desarrollan sus campañas con el lema de pan y libertad, y al margen de toda opinión que sobre el carácter de su movimiento se pueda tener, juzgo que ese lema tiene fuerza de definición para nuestros pueblos. Ni pan sin libertad. Ni libertad sin pan. Pan con libertad. Ese es, evidentemente, nuestro camino. El camino de nuestros pueblos.

EL SEMINARIO INTERAMERICANO

—Pero, tenemos mucho que hacer, mucho que hacer. Y no podrá ser obra de un solo hombre. Tendrá que ser obra de muchos.

Y el doctor Silva Herzog nos enuncia su actual proposición, por la que trabajará hasta ver'a realizada.

—Aspiro a promover —nos dice— la reunión de los escritores y pensadores más representativos de cada uno de nuestros países. No será un congreso. No tendrá nada de espectacular. Será una reunión de hombres preocupados e inquietados por los problemas de nuestro común destino de pueblos angustiados por sus problemas. En mi carácter de director de *Cuadernos Americanos*, lanzaré esta iniciativa. Necesitamos discutir todos los aspectos de nuestra realidad. Y lo harán los escritores, los pensadores de nuestros países, es decir, los mejores hombres de América desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral. Espero contar con el apoyo económico suficiente para que *Cuadernos Americanos* invite a esos hombres representativos a reunirse no en la ciudad de México, sino en un pueblito de México, durante los días que sean necesarios y que en cordial camaradería revisen nuestros problemas y formulen un programa para el continente. Pero esto, repito, no debe ser la obra de uno solo. Será la labor de muchos. No habrá ninguna publicidad acerca de esta reunión hasta el momento en que sus participantes hayan finalizado sus tareas y acordado el programa que ofrecer a los pueblos.

—¿Hay fecha fijada para la reunión?

—Aun no. Espero, sin embargo, que pueda realizarse a mediados del próximo año. Desde ya, yo me comprometo a trabajar sin pausas por su realización. Pongo en ella todas mis esperanzas.

Sus esperanzas. Sus sueños. Sus energías. Es decir, condiciones de mexicano cabal de este Jesús Silva Herzog, huésped argentino, que es obrero de la cultura y del futuro de América.

IMPERIALISMO Y BUENA VECINDAD

Por *Jesús Silva Herzog*.

(En el *Rep. Amer.*)

El tema escogido para esta Mesa Rodante tiende a aclarar conceptos, ideas y hechos elementales desfigurados en su forma y dimensiones por la espesa niebla que caracteriza nuestro tiempo. El tema es, por otra parte, de singular importancia para los pueblos de América, para todos sin excepción alguna, y es deber del intelectual —no del político— analizar los hechos, los conceptos y las ideas sin otra finalidad que descubrir la Verdad o los fragmentos de verdad que le sea posible señalar en el confuso escenario de la vida internacional. Ya sabemos, porque alguien lo hizo notar no ha mucho tiempo, que mientras el político siempre nada con la corriente, el intelectual nada a menudo en contra de ella. El político sirve los intereses de la clase social a que pertenece, aun cuando no siempre con lealtad y es siempre hombre del presente, es decir de un instante, de un presente que hoy mismo puede dejar de serlo; juega con las circunstancias que lo rodean, mas en ocasiones son las circunstancias las que con él juegan. En cambio el intelectual, el verdadero intelectual, el intelectual de cuerpo entero, trabaja

(Concluye en la Pág. 254)

Palabras para la UPAK, en su décimo aniversario, y para Arnaldo Orfila Reynal

En La Plata (República Argentina), la noche del 22 de noviembre de 1947, los amigos de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK) se congregaron para celebrar el décimo aniversario de la institución y también para expresar a Arnaldo Orfila —creador y animador de la UPAK— su admiración y afecto. Hablaron en el sencillo acto María Rosa Oliver, Alfredo L. Palacios, Alfredo Galletti, Juan Manuel Villarreal, Francisco Ayala y Francisco Romero. Estas son las palabras que pronunció el último:

La Universidad Popular Alejandro Korn nació con un grave compromiso: el que significaba para ella ostentar a su frente, como un rótulo que imponía un programa, el nombre del filósofo que fué, según la expresión de Pedro Henríquez Ureña, "maestro de saber y de virtud". El programa o la obligación era, pues, tanto el impartir conocimientos como mostrar el camino derecho en la vida y estimu'ar a seguirlo. Una tarea doble, pero al mismo tiempo una tarea única, porque lo verdadero y lo bueno se dan la mano y ambos concurren a los grandes fines de los hombres: la dicha noble, la justicia, la dignidad.

Desde el principio sabíamos que el compromiso tácitamente contraído se cumpliría de manera óptima, porque orientaba y dirigía la Universidad Popular Alejandro Korn, Arnaldo Orfila Reynal. Sé que voy a lastimar la modestia del amigo Orfila, pero no voy a incurrir ante ese reparo en la deslealtad hacia mi mismo de callar lo que siento; en la injusticia hacia él y su obra de no publicar lo que pienso de ambas.

La UPAK, cuyos primeros diez años festejamos, ha realizado ya una faena admirable por muchos motivos. Para los enterados, basta y sobra con decir que esa faena ha sido fiel al espíritu de Korn y en un todo acorde con el de Orfila. Yo sé que él me dirá que la obra, tanto como suya, es de cuantos, desde los orígenes de la institución, han participado en ella, y sobre todo de quienes, más asiduamente, le han prestado un concurso no sólo intelectual,


Dr. Alejandro Korn

Dr. Alejandro Korn

sino también moral y afectivo. Eso es cierto, pero sólo en parte, porque el alma de la UPAK, su fundamento y su motor, ha sido Orfila, como todos sabemos. Y no sólo ha sido el centro vivo de esta casa. Refiriéndome yo alguna vez a don Alejandro Korn, expresé que era como un poder selectivo que atraía a cierta clase de espíritus, los congregaba a su alrededor y les permitía a ellos mismos que entre sí se descubrieran y se reconocieran como afines y como tales mutuamente se estimasen. Cosa parecida ocurre con Orfila. Ha sido un aglutinador, pero antes ha sido un criterio, una criba. Ha atraído a muchos a la UPAK, pero sabiendo muy bien a quiénes atraía. Y no me parece que haya necesitado de mucha discusión consigo mismo, de mucha reflexión, para resolver las aproximaciones y las exclusiones. Orfila es todo él una buena voluntad en ejercicio permanente, pero una buena voluntad tan cordial como severa y vigilante. Y le ha bastado —así al menos lo imagino— dejar que sus naturales predilecciones y repugnancias se manifestaran espontáneamente, para abrir o cerrar la puerta de la UPAK a quienes, respectivamente, debían franquearla o pasar de largo ante ella.

Y así ha ido consolidándose y ganando gratitud y prestigio esta institución ejemplar, valerosa, sincera y abnegada, tan diferente de tantas otras instituciones que no son sino la vanidad o el aprovechamiento de unos pocos, la ostentación de un título ampuloso y de un programa incumplido. Frente a tantos extravíos en los que suele conciliarse el error con el oportunismo, entre tantas provechosas debilidades, la UPAK, con Orfila al timón, ha seguido un rumbo recto y seguro. Si no han sido muy numerosos los tripulantes de la nave, han tenido en cambio la ventura de no navegar en desagradable compañía.

Mucho se puede decir de la UPAK. Yo no tengo tiempo para repetir lo que de sobra sabemos todos. Pero quiero destacar que su lección y su ejemplo son los mejores en cualquier ocasión, y los más oportunos en nuestro medio y en nuestra hora: la obra sólida y de buena fe, sin desmayos ni cobardías, sin falso brillo ni ostentaciones, cumplida con el oscuro sacrificio diario, con ese goce del esfuerzo anónimo y a largo plazo que únicamente los mejores son capaces de experimentar.

Estos diez años de agrupar inteligencias y voluntades en la UPAK, para el esclarecimiento de las conciencias y la afirmación de los principios, no son sino un tramo en la larga labor espiritual de Arnaldo Orfila. Para definir a Orfila, a mí no se me ocurrió nada mejor que decir de él, hace años, que es "un hombre sin intereses personales". Sus propios intereses han sido de continuo, en efecto, en primer lugar los del bien común, y en segundo los de sus amigos. Reciba la UPAK en este décimo aniversario, y reciba el amigo Orfila, el sencillo y veraz homenaje de los presentes y de los que, sin estar presentes de hecho y corporalmente, sabemos que están con nosotros de alma; y reciban también el homenaje que, con su ausencia, le hacen los ausentes.

Francisco ROMERO.



Esta carta...

Buenos Aires, 30 de noviembre, 1947.

Señor don Joaquín García Monge.
Repertorio Americano.
San José, Costa Rica.

Mi admirado y querido don Joaquín:

Hace pocos días celebramos, en un acto sencillo y cordial, el décimo cumpleaños de la UPAK (Universidad Popular Alejandro Korn), la noble institución de cultura creada por Arnaldo Orfila con un grupo de amigos, al poco tiempo de morir Korn, para evocar de continuo la figura del maestro y continuar su obra en el sentido más humano, en el de la común aclaración de los espíritus. Algo de lo mucho que se puede decir de la UPAK y de Orfila está en el par de páginas que leí esa noche, y que le adjunto, por si quiere darles cabida en el Repertorio. *Pero lo que más me mueve a pedirle hospitalidad para ellas, es que la UPAK ha sido en estos diez años uno de los más cálidos hogares del americanismo en la Argentina. Por ella han pasado cuantos representantes del espíritu de América han venido a nuestro país, y todos sabían que no se les invitaba allí a pronunciar sonoros discursos, sino a decir en palabras veraces cosas de su país, sus preocupaciones, sus esperanzas. La conmemoración de la UPAK, por la fuerza de las circunstancias, hubo de ser al mismo tiempo el festejo de Orfila, de su larga y ejemplar obra de bien público.*

Reciba mis saludos muy atentos y amistosos,

Francisco *ROMERO.*

Imperialismo...

Viene de la pág. 252

siempre por el bien de su pueblo, por el bien de la humanidad; es ciudadano del mundo y sembrador de un futuro que puede hoy mismo comenzar; lucha por conservar los viejos valores auténticos, por crear nuevos valores y por lograr que el hombre se supere a sí mismo a fin de que descubra una nueva morada en que habite con detencia, con dignidad y en una atmósfera de paz constructiva y fecunda.

Y todo lo anterior significa que *Cuadernos Americanos* aspira a que en esta Mesa Rodante participen intelectuales sin compromiso de grupo o partido, porque si así no fuera, no podrían pensar como intelectuales sino como políticos. Lo que se quiere es que quienes vayan echando a rodar esta Mesa, no tengan otra mira que la de ser vasallos de la verdad y servidores de los intereses de la especie. Cada vez nos afirmamos más en el principio de que el hombre sólo con la verdad sirve de verdad al hombre.

Lo primero que se ocurre es preguntarse: ¿qué es el imperialismo?, y en segundo lugar, ¿en qué ha consistido y en qué consiste la teoría política de la buena vecindad? Vayamos por partes. ¿Qué es el imperialismo? Estaría tal vez fuera de lugar intentar un análisis erudito del vocablo, de sus diferentes significados, de su evolución, puesto que ello nos apartaría del problema esencial que importa examinar.

La respuesta a la pregunta formulada puede darse, a nuestro parecer, siguiendo en términos generales a varios autores ya clásicos. Cuando un país por el desarrollo de sus industrias, de su comercio y de sus sistemas de crédito, logra acumular capitales más allá de las necesidades que exige su propio desenvolvimiento económico, y los intereses del capital invertido se reducen a tasas muy bajas; entonces los capitales que no encuentran inversiones lucrativas en su territorio, emigran a las naciones de retrasada evolución, donde se colocan en negocios que producen altas ganancias. Además los países super-industrializados han menester para continuar su línea ascendente, tanto de mercados para sus productos como de materias primas. Con tal propósito adquieren en las naciones atrasadas materias primas baratas por medio de la explotación de los trabajadores indígenas y logran la venta de mercancías a bajos precios, lo cual es obstáculo para la industrialización de estas naciones. En otros términos los capitales excedentes se desbordan e invaden las zonas geográficas vecinas o lejanas, de la misma manera que el agua, cuando en abundancia se precipita por las corrientes que surten la presa que la contiene, sobrepasa la cortina y cae y fluye, inundando las comarcas próximas o distantes. Esto es lo que es imperialismo económico, que de modo inevitable se hace también imperialismo político.

Hay que proteger los intereses de los súbditos o ciudadanos de los países fuertes. Y como se ha dicho ya muchas veces, tras los comerciantes van las banderas. Esto es lo que es imperialismo: etapa superior del capitalismo como dijera Lenín; resultado, no de la maldad de los hombres, sino de una estructura económica basada en la propiedad privada de los bienes de producción y en el lucro como finalidad preponderante.

Ahora bien, los Estados Unidos de Norteamérica, quiéranlo o no sus estadistas; quiéranlo o no sus mejores ciudadanos, los más generosos, los más humanitarios; quiéranlo o no, es un país fatalmente imperialista. Es cierto que el Presidente Franklin D. Roosevelt, uno de los hombres más grandes, de mayor estatura intelectual y moral del presente siglo, quiso mantener a raya a los grandes mercaderes de la nación vecina; industriales, banqueros y comerciantes; pero las exigencias de la guerra lo obligaron a entregar altas posiciones directivas a varios de esos mercaderes Es cierto también que el mismo gran estadista hizo esfuerzos sinceros para rebasar la etapa de la diplomacia del dólar y sustituirla por la política de buena vecindad. Empero, ¿puede alguien, por poderoso y bien intencionado que sea, contener los desastrosos efectos del imperialismo, desastrosos para los pueblos débiles, sin modificar desde sus cimientos la estructura capitalista? La respuesta que se nos viene a la mente parece ser lógica y secamente negativa.

Pero insistamos en ello. ¿En qué consiste la teoría política de la buena vecindad? En forma sintética puede decirse que estriba en la amistad sincera entre todos los pueblos de América, basada en el respeto mutuo, en la justicia y en la igualdad; en la cooperación económica interamericana con apoyo en el principio ético-social de que el bien del vecino se traduce en nuestro propio bien, y su mal en nuestro daño; y por último, en la solidaridad en el ideal de que todos los habitantes del Continente tienen derecho a gozar de las ventajas del progreso y de los dones de la civilización.

No es posible negar que la obra internacional de Roosevelt, en relación con los países latinoamericanos, ha significado hasta ahora un cambio con respecto al pretérito. El garrote ha sido sustituído por el guante blanco; el grito intemperante por las palabras amables; la insolencia por la cortesía. Quizás puede decirse algo más. Hay en la mayoría de los diplomáticos norteamericanos una mejor actitud, un deseo de mayor comprensión de los problemas de nuestros países; hay en algunos de ellos una cierta posición amistosa; mas suponiendo la mejor buena voluntad del Departamento de Estado, de sus Embajadores, Ministros, Consejeros y Secretarios de Misión; aun suponiendo todo esto, ¿es acaso bastante para impedir las consecuencias del imperialismo o siquiera para neutralizar su ruinosa acción en los países de la América Latina?

Las aguas que se desbordan de la cortina de la presa —volvamos a nuestra imagen— no pueden ser contenidas por la buena voluntad de los hombres. Hay que hacer cambios radicales; desviar las corrientes para que sean aprovechadas en un nuevo sistema que distribuya con equidad, para bien de todos, el agua que fecunde la simiente en los campos del porvenir.

En nuestra opinión la política de buena vecindad en comparación con la diplomacia del otro Roosevelt, ha sido y es un cambio más en las formas que en el fondo; más en lo accesorio que en la esencia. El imperialismo —repitámoslo una vez más— fenómeno económico, inevitable, hijo legítimo del régimen capitalista, no dejará de ser jamás constante amenaza y mal creciente para el progreso objetivo y real de la mayoría de las naciones, mientras la sociedad capitalista no se transforme en una sociedad nueva que supere la sangrienta civilización del mercader.

IMAGEN DE KWAN-YIN

(En el *Rep. Amer.*)

Es una estatua de madera de la diosa Kwan-Yin. El codo derecho apoyado sobre una rodilla, y la cabeza inclinada; el rostro sonriente, benévolo, y los ojos semi-cerrados. Allí, en su nicho del museo, mira pasar a los turistas atolondrados. Pasan, pasan, mientras la diosa, imperturbable en su serena sonrisa, medita con milenaria cabeza suavemente ladeada.

En el recuerdo, las frías paredes del nicho se desvanecen. La diosa sigue sonriendo, ahora bajo un dosel verde-oscuro. Los pliegues de su túnica son suavemente rizados por la brisa del oeste, y Kwan-Yin abre lentamente, muy lentamente, las alas graves de sus párpados; la luz de su mirada serena cae sobre el alma que la llama. La dulzura de sus rasgos parece detener el tiempo. Lejos están las estridencias de la civilización moderna, la angustia que aplasta bajo un cielo gris, el terror ante lo que no se sabe; lejos, muy lejos, la limitación de un cuerpo que pesa día tras día. El alma se queda en suspenso: el más leve suspiro rompería el hechizo: es como si estuviera colgada en el vacío, teniendo al infinito abajo, arriba, a los lados; sin un cielo ni una tierra que aprisionen; sin la tortura de las voces humanas en amargo concierto; sin odios, sin amores, sin deseos: en una paz perfecta, como la del bello rostro de la diosa.

La magia de ese momento único va quebrándose, cual las ondas que rompen la tranquila superficie de un estanque. De nuevo se oyen los clamores de la humanidad sufriente, el hambre que grita por las bocas de los niños, el sollozo por la ternura nunca encontrada, el suspiro del que va muriendo en vida. Arriba, el cielo implacable; abajo, la tierra sedienta; un norte, un sur, un este, un oeste; un día y una noche; una noche, muchas noches que gimen en su pavura, y muchos días plenos de llanto, de sangre, de crueldad.

Dentro de las frías paredes del nicho, una estatua de madera, oscurecida por el polvo de varios siglos: los ojos, semidormidos; la boca, semisonriente; la cabeza, semiladeada. Pasan los visitantes, los turistas llenos de prisa, el niño que se asombra y el viejo escéptico. Pero allí, en su nicho, Kwan-Yin permanece serena, imperturbable ante la locura del día...

Yo... continúo bordando un recuerdo maravilloso... A lo lejos, la diosa sonríe, con su blanca túnica dulcemente rizada por la brisa del oeste...

Hilda CHEN APUY.

San José, Costa Rica.
Enero del 48.



Valsequillo. Detalle.



3 poesías de Pilar Bolaños

(Atención de la autora, en San José de Costa Rica, 1948)

MATERNIDAD

Yo siento la emoción
que siente el duraznero
cuando pasa el invierno
y vienen los renuevos.
Y siento como el árbol
salir hasta la piel,
el calor que da flores
y el olor que da miel.
Y siento en las entrañas
la cálida delicia
de la flor que temblante
sus frutos acaricia.
Y siento el universo
en mi vientre redondo...
Que dar hijos al mundo
es lo mismo en el fondo.

PARA CANTARLE A MI NIÑO

Peregrinita del mundo
la luna con su blancura,
chiquirrístico mi niño,
chiquitita mi ternura.

Hay cien cuernos en el viento
con sus voces de cristal,
hay cien estrellitas blancas
que parecen de azahar.

El arroyo en la montaña
dormidito se quedó,
con sus cobijitas de agua
el pecesito durmió.

Duérmase mi niño blanco,
blanco de espuma de mar,
entre mis brazos de india,
de india Quiché y Nahuatl.

HIJO...

Flor de canela rosada,
lucero crepuscular,
flauta donde toca mi alma
sinfonía de cristal.
Jicarita de pasiones
cerrada para la pena,
que cuando se oyen mis besos,
se agita, y entonces suena.

*

Sapi tun tun
de mi corazón
ya susurra el viento
que viene mi amor.
Sapi tun tun
de mi corazón,
cuando haya venido
¿qué le diré yo?
Sapi tun tun
de mi corazón,
¡Mejor nada digo!
Ya se me olvidó!

EL COLLAR DE MI CINTURA

Rimas de lo que él me dijo en prosa.—A Luis.

CIPOTA

La reina de los Pipiles
tiene el talle de bambú;
tiene el talle de bambú
la reina de los pipiles:
y bailan ya veinte abriles
en el talle de bambú.

De candores y de amor
los ojos lleva encendidos;
los ojos lleva encendidos
de candores y de amor:
y tensos como tambor
los muslos entre el vestido.

Hay misterios ancestrales
en su palabra de seda;
en su palabra de seda
hay misterios ancestrales:
sortilegio en madrigales
en donde el alma se enreda.

Arcilla quemada al sol
la carne morena y dura;
la carne morena y dura
arcilla quemada al sol:
porrón borracho de alcohol
la cadera y la cintura.

*

Ayer miré un par de tórtolas
volando por la campiña
y pensé en tus pies descalzos
de cuando eras una niña.
Desde entonces las arenas
me parecen más amigas
porque pulieron tus uñas
como conchitas muy finas.

La playa tiene guardada
la huella de tus manitas:
el tatuaje de tu vida,
geroglífico en piedritas,
y como el mar con sus aguas
las pule siempre y las limpia,
el amor que hay en tus manos
irá puliendo mi vida...



TIERRAS RADIANTES DEL SUR

(En el *Rep. Amer.*)

Jorge Lucena ha vuelto, por fin, al campo. Ha vuelto a aquellos sitios arbolados y azules, por él tan amados. Ante sus ojos, otra vez, el deslumbramiento del paisaje de las tierras del sol. Ese deslumbramiento, que, a pesar de serlo, es para él tan familiar, tan íntimo. Necesita el escritor, para vivir, este clima de belleza, este paisaje de luz. Ha contemplado el escritor toda su vida, con amor, esta deslumbradora eclosión solar. Si Jorge Lucena fuera transportado —por arte de hechicería o por propia volición— a un país nórdico de blancos paisajes, de nieblas constantes, el escritor no sabría qué hacerse. Piensa que moriría en poco tiempo. La nostalgia del sol le mataría.

Como si fuera un ciego, tendría que rehacer interiormente el paisaje de las tierras del sol. En la concentración que la densa tiniebla le impondría, se complacería el escritor en alzar, una y otra vez, las visiones radiosas de la tierra nativa. Imaginaría el escritor la inmensa esfera azul, de un azul intenso, como aquel que amaba Ticiano. Sobre el azul trazaría Lucena unas nubes grandes, redondas, blancas, bogando, como esquifes, sobre un mar sereno. Otras veces, en lugar de las nubes redondas y opulentas, trazaría el escritor los tenues, delicados, cirrus desplegándose, como encajes, a gran altura, en la cerúlea extensión. En ocasiones, figuraría el escritor largos estratos de nubes extendidos sobre el lejano horizonte; luego, entre el horizonte y el cenit, los brillantes cúmulos que una corriente de aire impulsa raudamente y, por último, en lo más alto, los cirrus, inmóviles y etéreos.

Después, alzaría el escritor los árboles. Los árboles se asemejan en sus formas a las nubes. Unos son altos, finos, aéreos, como los cirrus; otros son como los anchos, redondos y brillantes cúmulos bogadores; y otros son bajos, de ramas planas y sobrepuestas, como los estratos grises de lluvia en lejano horizonte.

Y Lucena imaginaría entonces la hermandad entre las nubes y los árboles. Los árboles son para la tierra lo que las nubes para el firmamento. Nubes y árboles son hijos del aire, favoritos de la brisa. En la brisa se mueven sin cesar las copas de los árboles como las nubes del cielo. Del árbol sólo es esclava la raíz. La tierra, dura, avasalladora, aprisiona la raíz. Pero la copa es libre y se balancea en la atmósfera con alegre y despreocupado movimiento. Copas de árboles y nubes parece que se corresponden en su graciosa movilidad. Si bien éstas y aquéllos viven en el mismo elemento —el aire, la atmósfera— el movimiento de las nubes es mucho más extenso. Mientras abajo las copas se balancean y giran sobre un mismo punto, las nubes atraviesan el cielo y desaparecen tras el horizonte en largos y misteriosos viajes. Pero la hermosa catedral vegetal sonríe al ver el airoso vuelo de la nube. Toda desventaja en la vida tiene su compensación. La nube es más libre que la copa del árbol, pero la vida del árbol es más larga, más segura. ¡Cuántas veces, delante de las mismas ramas cimbreantes, y a poca altura sobre ellas, la espléndida nube, por efecto de un cambio de temperatura en la atmósfera, se ha desceñido de sus galas y, deshecha en lluvia, ha caído a los pies del aéreo castillo donde las brisas y los pájaros juegan y cantan!

La copa del árbol es, pues, feliz. Si la nube vuela por anchos espacios su destino es siempre como el de Icaro: precipitarse, en trágica caída, en tanto que ella —la copa del árbol— de su contacto con la tierra, deriva de continuo, como Anteo, nuevo ímpetu para su alegre y constante movimiento.

Claro es que la copa del árbol no alcanzaba a ver el destino posterior de la nube. Si lo alcanzara a ver su satisfacción no sería tan honda. Esa misma nube que se precipita como lluvia sobre la tierra reaparece después, blanca y sonriente, sobre el mismo azul del cielo. Y la copa del árbol llegaría a una conclusión desconsoladora: ella vive, sí, diez, treinta, ochenta años, pero la nube, en sus avatares continuos de tragedia y reapariciones en el azul luminoso, vive eternamente.

Se detendría un momento la copa del árbol en esta desoladora conclusión; pero, luego, sonreiría confiada y gozosa. Ella no morirá. Como la nube, flotará su grácil figura en los aires eternamente. El tronco que la soporta caerá y ella con el tronco; pero allí mismo, sobre la tierra, o a alguna distancia de allí, y de una semilla llevada por el viento, nacerá de nuevo y se alzará en el curso de los días hasta los giros de la brisa y los besos del sol.

Se complacería así el escritor, en el país nórdico, en estas filosofías de nubes y árboles y proseguiría, en su patética orfandad de sol, dibujando el paisaje radioso de las tierras del sur. Imaginaría entonces Lucena la luz solar en el solsticio de verano. En los días hacia el veintiuno de junio. Alcanza el sol su máxima altura sobre el horizonte y toda la luz parece poca para precipitarse desde lo alto. Goza el escritor con la poderosa irradiación de junio. Tembletea en el aire, como relámpagos, la luz del astro. Se iba el poeta por los caminejos a la contemplación de las praderas. La luz intensa, cegadora, prestaba al horizonte una lejanía fantástica. Destacábase en el verde del campo el esplendor de los flamboyanes florecidos. Las encendidas copas de los flamboyanes son la nota dominante del paisaje de junio. En los países del sol junio debe su gloria a los flamboyanes.

Pasea el escritor por el campo hasta muy tarde. El sol se pone unos minutos después de las siete. Gusta el escritor de mirar el gran globo rojo llegar al filo del horizonte y luego verlo rápidamente desaparecer. Se aprecia bien en ese instante la rapidez de la rotación de la tierra. El punto en que el sol se oculta se oscurece un segundo, pero seguidamente se tiñe de oro y carmín.

Imagina entonces Lucena el paisaje en el solsticio de invierno, hacia el veintidós de diciembre. Son los días más cortos del año. Ya el sol no muestra aquella arrogancia y esplendor de junio. A las cuatro de la tarde parecen las seis. El sol cae hacia el sur con luz disminuída y fría. Sobre el poniente casi siempre hay nubes grises que dificultan la contemplación del sol. A las seis ya es de noche. El sol se ha retirado sin pompa y sin gloria. La brisa helada hace temblotear las hojas de los árboles y sume el alma en melancolía y ansiedad. Y por oriente se eleva, como una medalla antigua, la pálida luna, que parece reírse del sol envejecido y triste.

Y así se complacería el escritor en imaginarse, en el país nórdico de paisajes blancos y nieblas continuas, las visiones deslumbradoras de las tierras del sur.

Luis Villaronga.

San Juan, Puerto Rico.

EL BUQUE

(En el *Rep. Amer.*)

Dando lentas bordadas va acercando
el buque a la costa; su velamen
flameando en girones. Raro lastre
en su enorme barriga recargada
nos trae. Nuncio de auroras esplendentes.

Ha rebasado los bajos y escolleras,
vuela más que navega, y van saliendo
sobre las escotillas luminosos
penachos que levantan su bandera
al mar con visos nácar, las gaviotas
girando sorprendidas van gritando.

Otras lunas, otros soles, han besado
tus mástiles y gavias, que tu proa
ha atracado en los muelles de una isla
donde las flores viven para siempre.

Llenado han tus sentinas, los hombres
que en ella habitan, luces y más luces
auroras y albas, tú nos brindas.
Y en la tiniebla del orbe, cantan voces
graves llenas de fuego, luz del alma.

S. JIMENEZ CANOSSA.

Cartago, Costa Rica, 1947.

LOS LIBROS

(*Colaboraciones*)

Brasil, por Gilberto Freyre. Publicado en inglés por Alfred Knoph, 1945.

He aquí un libro lleno de enseñanzas. El autor de *Casa-Grande e Senzala* nos da en menos de 200 páginas un retrato fidedigno y entusiasta de su patria. Comienza estudiando la formación afro-europea de la Península Ibérica; pasa luego al análisis de la formación racial de Brasil y el origen de su cultura. En el tema racial Gilberto demuestra una actitud continua por hacer resaltar la influencia africana. Sus páginas destinadas a poner de relieve las diferencias entre los sistemas de colonización hispanoamericano y brasileño están llenas de observaciones nuevas y bien cimentadas.

Afirma Gilberto que es necesario hacer —a la luz de la ciencia moderna— la revaluación del aporte portugués a la civilización moderna. Y hace interesantes observaciones acerca de lo que contribuyen los navegantes portugueses de los siglos XV y XVI a la cultura de Europa, trayendo del Asia y del Africa valores culturales y conocimientos técnicos. Entre las costumbres que importaron de oriente es-

tos viajeros no fué la menos importante la del baño, que iba a revolucionar nuestros hábitos higiénicos. Trajeron también plantas tropicales y en cambio llevaron al Japón "a los jesuitas, fusiles y probablemente la sífilis".

A Europa los portugueses revelan la existencia de plantas y frutos de Brasil: madera de rosa, madera de Brasil, piñas, tabaco, nueces, caucho, caña de azúcar. Gilberto hace esta observación sobre la introducción del tabaco: "Como resultado del uso del tabaco parece que los europeos en general, y los portugueses en particular, empezaron a escupir más que antes; y es de interés notar que la palabra inglesa *cuspidor* proviene del verbo portugués *cuspir*".

El capítulo sobre las fronteras y plantaciones explica en detalle la economía rural del Brasil, el establecimiento de las *Casas Grandes* y de las *senzalas*, la organización de un sistema feudal, sobre todo en las plantaciones de azúcar. Compara este sistema a los del resto de Hispanoamérica y de los Estados Unidos con perfecto conocimiento de la materia. Hay que leer con detención lo que dice Gilberto sobre los bandeirantes y el origen de la burguesía en su país.

El capítulo dedicado a la unidad y diversidad regional de Brasil, en especial sus comentarios sobre regionalismo cultural, es valiosísimo para comprender el desarrollo de ese inmenso crisol de hombres. Pasa luego a analizar las condiciones étnicas y sociales del Brasil moderno, y el rol de los indios y de los negros en la construcción de la patria. Freyre elogia incondicionalmente el sentido de tolerancia racial que él considera superior en Brasil al de muchas instituciones cristianas. Sus ideas acerca de la "política del buen vecino" deberían colocarse en todas las oficinas del Departamento de Estado en Washington para que los "especialistas en asuntos hispanoamericanos" dejen de cometer más disparates. Termina Gilberto la parte principal de su libro expresando su fe en el triunfo de la Democracia en Brasil. Para quienes hemos visto la terrible dictadura de Vargas resulta un poco prematuro el optimismo del distinguido sociólogo de Recife. Al llegar a esta parte de la obra yo me convenzo de que en la mayor parte de los países de Hispanoamérica hay dos fuerzas antagónicas: el gobierno y el pueblo y que el vigor de nuestros pueblos queda demostrado sólo con subsistir, frente a los esfuerzos de los dictadores y tiranuelos bárbaros por destruirlos. En ningún país de nuestra América es más verdadero este conflicto que en el Brasil de Vargas y Freyre sería el primero en reconocerlo si no fuera tan peligroso para su seguridad personal.

Esta nueva obra del escritor hispanoamericano viene a consolidar su posición de maestro de juventud y serio pensador, aunque sea sólo una especie de resumen de ideas y doctrinas contenidas en sus libros mayores, en especial en su obra maestra: *Casa Grande e Senzala.*

Berkeley, Calif., 1947. *A. TORRES-RIOSECO.*

"Los motivos eternos"

Así se titula el último libro del esclarecido escritor portorriqueño don Luis Villaronga, impreso nítidamente en los Talleres de la Editorial Atlántida, Azopardo 579, Buenos Aires, República Argentina; es esta una obra impregnada de un sano y sincero optimismo; su autor, que es un buen observador y fino psicólogo, contempla con interés el Mundo y ausculta el alma humana y, de ahí, que en sus *Motivos Eternos* encontremos juiciosas reflexiones, acertados conceptos y una filosofía hermosa, natural y comprensible.

Páginas idealistas, escritas por un espíritu selecto que ama la vida intensa y comprende que es ella un don supremo de la Divinidad y que debemos por eso pasar sus horas con la misma unción con que se pasan las cuentas de un rosario; no concibe él cómo se pueden tener enemigos en una vida tan breve y precaria; si vivimos, si sabemos que vivimos, si sentimos que vivimos, debiéramos sentir la plenitud; por el contrario, nos sentimos infortunados si, además de vida, no tenemos las otras cosas secundarias; y de esa nuestra miopía para ver el valor real de la vida, el valor del "ser", nace la infelicidad humana...

En esta época de materialismo y barbarie, cuando los altos ideales sufren un eclipse total y los pueblos gimen vencidos y humillados por la Fuerza Bruta, libros preñados de sabios y profundos principios humanitarios, como el del publicista don Luis Villaronga, son —en esta hora de descomposición moral en que vivimos, "en este período álgido llamado de transición, o quizá de preparación para una nueva Guerra Mundial"— algo así como un valioso Mensaje espiritual que, sin duda, ha de ser muy bien acogido por las almas sensibles y altruistas.

Mauricio Verbel G.
(Fausto).

Panamá, diciembre 22 de 1947.

Los comentarios

San José, 29 de noviembre de 1947.

Sr. Joaquín García Monge,
Repertorio Americano,
Ciudad.

Estimado señor García Monge:

Siempre leo con mucho cuidado y cariño el *Repertorio Americano* porque en él encuentro reposo a todas mis inquietudes culturales. Conocí y aprendí a querer *Repertorio Americano* en el exterior; en círculos culturales de otros países en donde se aprecia su valor como no lo sabemos hacer aquí los ticos, quienes creemos, con equivocación inescapable, que bueno es sólo lo que trae etiqueta extranjera y huela a barcos y aeroplanos.

En el último número de su revista leí un artículo titulado *Una página de dolor y de esperanza* que el autor, Juan Pobre, dedica a los trabajadores de Costa Rica. Me parece que el articulista, en su pequeña historia, expone de una manera real, algunos de los aspectos de la vida del trabajador del campo, y el significado que ha tenido la legislación social para los campesinos del país. Me ha gustado mucho el artículo, no sólo por la forma como enfoca el problema, sino porque toma al trabajador del cafetal como símbolo del trabajador miserable y más explotado del país. Así es en efecto. El café en Costa Rica, lejos, muy lejos de ser el productor de la riqueza nacional, ha sido el responsable por la miseria popular. En las regiones cafetaleras: Heredia, Tres Ríos y Turrialba, es donde encontramos la mortalidad infantil más alta; los raquitismos, las anemias y las enfermedades parasitarias, la desnutrición generalizada y la miseria en los hogares. Es en esas regiones también donde los trabajadores son siempre víctimas del despotismo de patronos arbitrarios que piensan y actúan, con mentalidad de señores feudales. Ahí se entronizan los prejuicios: ahí se incuban el fanatismo y la superstición; ahí, en fin, encontramos la riqueza humana más explotada y en mayor estado de miseria de todo el país.

Vayan para usted y para Juan Pobre, mi calurosa felicitación y simpatía por la forma valiente con que encaran y atacan ciertas injusticias ambientes que nadie se atreve a tocar por miedo a motes internacionales que pudiera desgraciarlos ante los ojos del señor Truman y del señor Marshall.

Atentamente.

Danilo Jiménez Veiga.

México, D. F., 1º de octubre de 1947.

Sr. don Luis Correa Sarabia,
Director de *Política.*
México, D. F.

Señor Director:

La gentileza de un amigo pone en mis manos el número dos de su valiosa publicación, de la que ya ruego a un agente me anote como suscritor.

Literatura como la de su revista es la que necesitan nuestros pueblos, que hoy encuentran en la mayoría de las columnas de imprenta, o bien el ataque que encubre una ambición mezquina, o el elogio servil, el aplauso inmoral, el torrente de alabanzas. La conciencia se confunde en esa calígine, en donde se oye música celestial viviéndose en el último círculo!

El artículo del señor Tamayo —para señalar uno de tantos— que incluye el precitado número sobre colegios particulares es de suma trascendencia. Nuestros países tienen que defender su historia, a sus héroes, a sus normas políticas, en fin a su nacionalidad. Y si los colegios particulares, en manos de extranjeros, ciñen su educación en forma consecuente con los intereses de todo género de sus respectivos países, encontraremos en el futuro a una juventud sin unidad espiritual y sin conciencia común para afrontar los graves problemas de la Nación. Y es natural que esto suceda cuando a los niños se les ha enseñado a homenajear otras banderas, a cantar otros himnos, a justificar invasiones a nuestros territorios, a menospreciar a nuestros héroes y próceres, a sentir prejuicios raciales, etc., como lo indica el autor. Así vemos a nuestras ciudadanías agitarse y conmoverse por ideas, doctrinas, caudillos y política de otros países, allende el mar, descuidando esencialmente lo nuestro. Y el fenómeno seguirá presentándose en el futuro, en sus diversas manifestaciones, si se sigue haciendo mala siembra en la escuela particular. Y tómese en cuenta que a ella acude el sector que alcanza mayor cultura, ya que cuenta con mejores posibilidades. Y es al cerebro mejor cultivado al que corresponde indiscutiblemente dirigir los destinos nacionales.

Reciba mis felicitaciones, y al consignarlas en la forma más sincera, le pido como centroamericano que dedique algunos minutos de su pluma a la efectiva vinculación de México y Centroamérica. Para comenzar están la diplomacia y el turismo; ambos de suma importancia. Nuestro turismo no trae grandes dineros, pero en cambio sirve para fortalecer constantemente los lazos entre pueblos que corren el mismo destino y que deben presentarse muy unidos en el decurso histórico.

Le saluda cordialmente,

Lic. Juan José Meza,
Nicaragüense Sandinista.

Nilo 37-1.
Col. Cuauhtemoc.

LOS MAESTROS, LA POLITICA y la opinión de la Iglesia Católica

(De *La Tribuna*, Lima, 31 de octubre de 1947).

"Han sido subrogados algunos maestros por intervenir activamente en las luchas políticas".—(Comunicado del Min. de Educación. Oct. 18 de 1947).

¡Político! ¡Maestro político! ¡Interviene en política! ¿Hasta cuándo y hasta dónde vamos a aceptar silenciosamente que se afirme que ser político o hacer política constituye un delito y no un deber? "Yo no me meto en política" o "Yo no soy político", suelen decir. Y así se libran de riesgos y viven a cubierto de peligros, neutrales en la batalla por la supervivencia del país, ajenos, indiferentes, egoístas y asépticos en mitad del turbulento y dramático esfuerzo por edificar una nación.

"¡Yo no soy político!" ¡Bah! Yo sí lo soy —caramba— y a mucha honra. "Los católicos —dice el Cardenal Juan Verdier— deben interesarse en la política de su país, porque el primer deber de todo ciudadano es trabajar por el bien común de todo el país; y el ejercicio del poder, *es decir la política*, es uno de los medios más eficaces de obtener este bien" (1). He aquí definida la política, por uno de los Príncipes de la Iglesia Católica, más ilustres y lúcidos, como "ejercicio del poder". Luego el señor Ministro es un político, como lo son también cuantos ejercen poder, porque este ejercicio "es la política".

¿A qué, entonces, ese tonito peyorativo, prescindente y balconizador, que usan los que no confiesan que son políticos, por ocultos, o sesgados motivos? "La política —dice el Papa Pío XI— oportunamente ejercida, con una preparación adecuada, completa, religiosa, intelectual, económica y social es, puede decirse, *lo que hay de mejor después de la participación en el apostolado*" (2). ¿Cómo, pues, puede mirarse mal que cualquier ciudadano, y los maestros en particular, profesen una actividad que es "la mejor después del Apostolado"? Todavía agrega el Cardenal Verdier: "Algunos problemas políticos pueden tener muchas y variadas soluciones. Para que éstas se resuelvan, los ciudadanos tienen el derecho de ganar adeptos, de constituirse en partidos políticos, porque la unión hace la fuerza. Además, los Partidos son una de las formas por las cuales se realiza el derecho de asociación, que es un derecho natural".

Luego, si pertenecer a un Partido es un derecho natural, y no un derecho adquirido; si es congénito al individuo, y no concedido ni prestado, nada ni nadie puede destruir ese "derecho natural", según la ilustre palabra del Cardenal Verdier.

Por eso nuestra Constitución consagra todo un capítulo a las garantías individuales. El artículo 59 dice: "La libertad de conciencia y de creencia es inviolable. Nadie será perseguido por razón de sus ideas". Pero el anticonstitucional decreto de 12 de setiembre último, del actual Ministro de Educación, prohibe al personal docente y disciplinario de los planteles oficiales y particulares de educación "tomar parte, en ninguna forma, en actividades políticas de carácter partidarista".

El artículo 62 de la Constitución consagra: "Todos tienen el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas, sin comprometer el orden público". Pero el dictatorial decreto del Ministro prohibe "la participación en asambleas o manifestaciones públicas o privadas".

El artículo 63 de la Constitución declara: "El Estado garantiza la libertad de prensa. Todos tienen el derecho de emitir libremente sus ideas y sus opiniones por medio de la imprenta o cualquier otro medio de difusión". Pero el decreto inquisitorial prohibe "la redacción de volantes o artículos periodísticos, la dirección

(1) Verdier, Cardenal. *Manual de Cuestiones Contemporáneas.* Ed Ercilla. 1937. Pág. 91.
(2) Verdier. Ob. Cit., Pág. 88.

de revistas o periódicos que sean órganos de propaganda política".

El ambicioso decreto, persiguiendo la castración del profesorado, sector social de aptitudes intelectuales relevantes, se refiere —"habla", diría el Director Zegarra Araujo— "al personal docente y disciplinario de los planteles oficiales y particulares de educación". Se le ha ido la mano a Torquemada. ¿Planteles oficiales y particulares? Esto quiere decir que los profesores de la Universidad de San Marcos y de la Unversidad Católica están incursos en esta prohibición. ¿No son ambos acaso planteles de educación? ¿No es oficial el uno y privado el otro? En igual situación están la Escuela de Ingenieros y la de Agricultura. Entonces, el propio Ministro, vice-rector de la U. Católica ¿puede hacer "política" como Ministro —al decir del Cardenal Verdier— cuando no puede hacerla como profesor, porque él mismo se lo ha prohibido sin poder ni deberlo, puesto que está impedido, como profesor, de actuar como Ministro, vale decir como político?

Asistimos, a todas luces, a un disparate inquisitorial, a un pecado por exceso. El Ministro se refugia en el inciso 2 del Art. 322 de la Ley Orgánica de Educación. Pero ninguna ley prima sobre la Constitución.

Finalmente, recordemos el ejemplo de otros países. El Consejo Superior de Educación Católica de Argentina recomienda una ley Orgánica cuyo artículo 48 establece que los miembros del personal docente —no los disciplinarios— no podrán desempeñar cargos "dirigentes" ni hacer propaganda "partidaria" desde la cátedra o dentro del establecimiento, ni faltar a clase con fines de propaganda electoral, "debiendo separarse de sus cargos si fuesen proclamados candidatos a posiciones electivas desde el momento de su proclamación hasta después de los escrutinios, si no salieran electos" (3). ¡Pero no les prohibe participar en asambleas, públicas y privadas, redactar volantes o artículos, dirigir periódicos o revistas. No se les maniata y condena, como establece el antidemocrático decreto que comento!

¡Y esos son los miembros del Consejo Superior de Educación Católica!

Manuel Seoane.

(3) Consejo Superior de Educación Católica. *Libertad de Enseñanza.* Buenos Aires. Pág. 27.

VOCES DE LA CONCIENCIA

(De *El Diario de Hoy*. San Salvador, 9 de noviembre de 1947).

Razón había para que los fariseos se hiciesen muy sordos y muy ciegos a la sentencia del Rabino que les hablaba de la libertad del hombre que lleva sus tesoros dentro del corazón. A la excelencia celeste de la enseñanza ponían oídos de mercader, es decir, oídos de fariseos.

Porque sólo las riquezas que se pueden llevar en el corazón, dejan intacta la libertad del hombre: sólo esa clase de tesoros no se convierte en lastre del idealismo ni cadena para la acción generosa.

Esta es la lucha eterna: algo en el hombre que quiere levantarse, y algo en él que quiere caer. Y sólo cuando se ha estado cayendo y subiendo, sólo cuando se ha sufrido esa amargura interior de darse cuenta de lo que se le cae a uno cuando algo se ha querido levantar, subir, ascender, es que se coge el significado cabal de la vida, y se está en aptitud de apreciar con justicia la virtud del hombre redimido y la flaqueza del hombre sin resurgir.

Y así, los hombres viven ese perpetuo conflicto frente a los dos tesoros: frente a las cosas que son riqueza y que pueden llevarse al corazón, y donde no habrá peligro de ladrones; y frente a las cosas que son riqueza, pero de la riqueza que encadena y que quita al hombre la agilidad suprema de la libertad interior.

Acierta hacia arriba quien se acoge a la primera riqueza, que en vez de ser el lastre en la nave de la vida, se convierte en amplio y fino velamen en que se juntarán los vientos más propicios para empujar hacia adelante. Y fracasa aquel que se apega a lo otro, porque, aunque en su ceguedad crea que está cobrando poder, en la realidad lo está perdiendo, hasta encontrarse dentro de una cárcel.

Pero he aquí que esta afortunada selección de móviles morales para la vida, constituye uno de los más oscuros problemas del hombre. En ella juega un papel muy grande el destino, cuando no entra en acción la fuerza de una voluntad moral bien dirigida. El hombre llega a verse en una patética confusión de móviles y reticencias, y si la verdad moral no está muy clara en la conciencia, en la conciencia no se podrá advertir nada, y todo en ello será penumbra.

Para oír con claridad la voz de la conciencia, es menester que esa conciencia esté bien iluminada con la claridad moral de los principios; de no, todo en ella será confusión e incertidumbre; todo en ella será caos.

Pasa que muchas veces los hombres han dejado crecer tanto sus apetitos, que la conciencia pierde su poder orientador, y llegan a confundir *la voz de sus apetitos con la voz de su conciencia.* Es decir, el hombre está al revés, y se desenvuelve a la inversa. Y andando al revés, ¡qué mala selección hará cuando quiera enriquecerse! Estará llenando las alforjas y pensará tranquilamente que está equipando el alma para los grandes vuelos, el corazón para las travesías magínas del ideal!

De allí los que viven la vida del egoísmo, engañándose con un mínimo propósito insincero de cambiar de vida tan pronto como se haya adquirido un margen de seguridad.

De allí los que defienden sus usurpaciones con la violencia de quienes defienden los más puros y cabales derechos.

De allí los que hacen mal creyendo hacer bien, los que deforman el destino de los pueblos pretendiendo encaminarlos, los que encadenan la vida creyendo que están liberándola.

En vano que el mundo se llegue a ellos y les pida oír la voz de la conciencia: no la podrán oír, porque en ella habrá un tumulto de gentes, un tumulto de voces, como en las tabernas de los puertos que se llenan de marineros beodos y donde todo es grito y escándalo, apetito y pestilencias. Posiblemente dentro de esas vidas como tabernas la conciencia todavía hable —aun cuando hayan caído sobre ellas mesas sucias y botellas y copas hechas trizas — pero nadie acertará a oír la voz de esa conciencia.

Problema moral del mundo es este, de ver cómo las nuevas generaciones inician su camino en la vida con un buen principio de selección. El joven debe saber desde un comienzo lo que es la riqueza que encadena y la riqueza que libera; y hasta dónde debe llegar lo uno y hasta dónde, lo otro. El joven da el mejor terreno para que el maestro haga el cultivo oportuno y deje la levadura tempranera para que no se malogre la fina harina de la vida nueva.

El querer con excesivo querer las cosas de abajo, quita oportunidades de elevación a la vida. Son malos quereres, son tentaciones llenas de fatalidad. Son malos encantamientos.

Quiera un hombre en demasía el poder, la riqueza, el aplauso, el elogio, la adulación; llénese, en demasía, un hombre, de vanidad, y ya no podrá ir bien en su camino: empezará a dar tropiezos, caerá aquí y allá y al poco tiempo habrá caído tantas veces que irá lleno de lodo, lleno de golpes, hecho una piltrafa, y ni sus amigos lo conocerán. Todos se dirán: —¿Es por ventura éste aquel que conocimos? ¿Cómo será posible, si es el mismo, que está así tan sucio, tan estropeado? ¿Cómo podremos entender que su prudencia se haya convertido en insensatez, su modestia en soberbia, su generosidad en egoísmo, su cordura en loca audacia?

Y si sus viejos amigos se deciden a recogerlo, a levantarlo, y lo llevan a la posada vecina, y lavan sus ropas, y le bañan, y lo visten de nuevo, y lo ponen de pie, y le piden al hombre derruído que reaccione y que oiga la voz de su conciencia, el hombre derruído —como una arquitectura derruída— se volverá al interior de sí mismo, y querrá oír la voz de su conciencia; pero sólo oirá un sordo estruendo, una confusión de voces, y de gritos: la confusión de voces de la taberna.

Decepcionados, los amigos que le compadecieron le dejarán allí, en lo sucio, y lo olvidarán. Lo olvidarán sabiendo que así es el destino, que ciega a los hombres a quienes quiere perder. Y digamos Destino, para no manchar el nombre de Dios, ni de los Dioses, diciendo que son ellos los que quieren perderlo.

De lo que deducimos que no es conveniente querer mucho de lo de aquí abajo. Podremos querer un poco, pero no mucho. El querer mucho es peligroso. El querer mucho las cosas de abajo, así se vistan deslumbrantes con el vestido de la vanidad, da el efecto de la embriaguez que, dulce en un principio, se vuelve amarga al final y arroja al hombre al muladar.

Y deducimos que es mejor querer las cosas del espíritu, de esas que nadie puede robar y de las que una vida se puede colmar sin que haya una queja alrededor, sin que se viertan lágrimas, ni sangre. Esa riqueza es riqueza excelsa, que no da jamás hastío, que no envenena nunca. Es riqueza que no implica iniquidad, y que cuanto mayor es, más clara y limpia es la vida, más clara y pura se deja oír la voz de la conciencia.

Entonces la vida no es como una taberna. La vida entonces es como un prado lleno de fragancia y pureza, como vergel lleno de trinos, como alborada llena de gozo y alegría; y ella, la voz de la conciencia, es campana de cristal que se despereza feliz a todos los horizontes, que llena la tierra y el cielo, que se desborda como una música. La voz de la conciencia es campana de cristal que llama a gratas eucaristías, y se vuelve fanal frente a los mares, y estrella fija por encima de las melancólicas distancias del dolor humano.

Mas no pongamos oídos de mercader.

Napoleón VIERA ALTAMIRANO

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — **E. Mía de Hostos.**

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — **José Martí.**

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.



Señalemos, señalemos tantos buenos libros como nos llegan:

Como un obsequio de la Editorial PLEAMAR (Tucumán, 1585. Buenos Aires. Rep. Argentina):

Nicolás Guillén: *El son entero.*

(Su obra, de un desbordante contenido humano y de una frescura rítmica inimitable, lo sitúa entre los grandes poetas modernos del idioma español).

Por primera vez aparece en un solo volumen la producción completa del gran poeta cubano, desde sus *Motivos de Son,* hasta los estilizados poemas de *El Son Entero,* con textos musicales de Eliseo y Emilio Grenet, Silvestre Revueltas y Alejandro García Caturla; ilustraciones de Carlos Enríquez y una carta prólogo de Don Miguel de Unamuno.

Como obsequio del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, Caracas:

Autobiografía del General José Antonio Páez. Reproducción de la edición de 1869. New York. En dos volúmenes.

En la Biblioteca Venezolana de Cultura. Colección *Andrés Bello.*

Sigfrido A. Radaelli: *La irreverencia histórica.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1947.

(Son 7 trabajos).

("Varias pasiones —las verá el lector en muchas páginas— mueven las notas y las investigaciones de este libro: por encima de aquéllas, una corriente de irreverencia (¡qué respetuosa en el fondo!) he procurado que anime y levante las ideas y las figuras").

Envío de la Editorial Sudamericana: Alsina 500. Buenos Aires.

Moisés Vincenzi: *Las cumbres desoladas.* San José, Costa Rica.

Se recoge el filósofo en estos versos. Paso en firme. ¡Adelante!

Julio Jiménez Rueda: *Historia de la Literatura Mexicana.* Ediciones Botas. México.

Atención del autor, que agradecemos mucho.

(Este compendio no aspira a otra cosa que a dar cuenta al estudiante del desarrollo de las letras en México").

Es la cuarta edición, puesta al día y aumentada con buen número de notas bibliográficas.

Con el autor: en la Universidad Nacional de México.

Arturo Torres Rioseco: *Elegías.* México, D. F. 1947.

Atención del autor, y ¡cómo se la agradecemos!

Con el autor: En la Universidad de California. Berkeley.

El editor: Arturo Zapata. Manizales. Colombia.

Nos remite: *Vidas de Caín,* por Julio Vélez Sáenz.

("Y esta es la indispensable ficción literaria de mi libro. Cinco personajes —los ojos con que Caín mira— hablarán sucesivamente de su vida y de lo que ella les ha enseñado para lograr una posible felicidad humana...")

Atención del autor:

Humberto Mendoza: *Socialismo camino de la Libertad.* Prólogo de Rafael Rojas. Santiago de Chile. 1945.

(Este libro... "tiene la virtud de hacer una síntesis clara, audaz y constructiva de los rápidos acontecimientos internacionales de la hora que miramos").

Con el autor: Casilla 137-D. Santiago de Chile.

Cortesía del Consejo Técnico de Educación Nacional, Guatemala, C. A.:

Hugo Cerezo Dardón: *Guía ejemplificada para medir el rendimiento escolar.* Ediciones del Ministerio de Educación Pública. Guatemala. 1947.

Háganse los maestros preocupados de por acá, de este tratado práctico, de utilidad inmediata.

Rafael Pineda: *El Resplandor de las Palabras.* Poemas. Artes Gráficas. Caracas. 1946.

("Libro de iniciación, más bien inaugural, de una voz juvenil en busca de inauditos acentos"; "es libro de positivos méritos, agrega a la poesía venezolana de hoy una voz valiosa y original, con largo y ancho cauce para superadas realizaciones poemáticas en el futuro").

Con el autor: Apartado 889. Caracas. Venezuela.

Arturo Capdevila: *El César contra el hombre.* Editorial Rosario S. A. 1947.

El título es una definición.

("Me propongo exponer cómo se originó y desenvolvió la prepotencia de los césares... qué formidable revolución social se les cruzó en el camino... cómo volvieron a resurgir los déspotas, y cuál puede ser, al menos para América, la palabra de la esperanza".

Atención del autor.

Con el autor: Juncal 3,575. Buenos Aires. Rep. Argentina.

La Editorial KAPELUSZ y Cía., de Buenos Aires, se anuncia con dos nuevas obras en su magnífica Biblioteca de Cultura Pedagógica. Son éstas:

La nueva Pedagogía. Teoría y práctica. Por H. Ansay-Terwagne y J. Velut. Traducción de Humberto Zarrilli y Roberto Abadi Soriano. El prólogo es de la Prof. Clotilde Guillén de Rezzano.

("El educador que se informa y se documenta sobre este movimiento pedagógico (*la pisocología del niño*), encuentra que su acción educativa es anacrónica y por lo tanto se esfuerza en hacer concordar su didática con los descubrimientos de la pedagogía y las necesidades de los nuevos tiempos. A él está destinado este libro").

Robert Dottrens: *Hay que cambiar de Educación.* Reflexiones, responsabilidades, perspectivas. El prólogo es de la Prof. Clotilde Guillén de Rezzano.

¡No quiero...!
¡Te prohibo...!
¡No hagas eso...!

Educar no es coaccionar. Educar no es imponer al niño nuestra voluntad, sacrificando sus inquietudes y sus deseos a nuestro capricho. Educar es mostrarle el camino sobre el cual un día tendrá que marchar solo, para ir, si es posible, más lejos y más alto del lugar en que nos detuvimos nosotros...

El mundo se renueva. La educación no debe quedarse atrás. Hay que cambiar de educación.